

1836

Pedro Calabón de

Cana con

por puertas

Lérida. ....	Sol.	Vitoria. ....	
Logroño. ....	Verdejo.	Ubeda. ....	
Lorca. ....	Gomez.	Zamora. ....	
Lucena. ....	Cabeza.	Zaragoza. ....	V. de Heredia.

(FRASES Y METAFORAS)

PRIMERO Y ÚNICO DE SU GÉNERO EN ESPAÑA

COLECCIONADO Y EXPLICADO

POR

**RAMÓN CABALLERO**

CON UN PRÓLOGO

DE

**DON EDUARDO BENOT**

(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA)

Este Diccionario consta de más de 60.000 acepciones

**Cuaderno 13 - Precio: 2 reales**  
(Contiene los pliegos 37 á 39)

**ADMINISTRACIÓN**

**LIBRERIA DE ANTONINO ROMERO**

calle de Preciados, número 23

**MADRID**

• OBRAS DRAMÁTICAS ESCOGIDAS.

---

# CASA CON DOS PUERTAS

MALA ES DE GUARDAR

*por*

*Caldesián de la Barca, Pedro*

Do. Felix - galpão

Escurido - galpão

Fabio - varço

Calabazas - lacaço

Herreya - escurido

Laura - do

Marcela - do

Silvia - do

Ulia - do

Lucio - do

---

## JORNADA PRIMERA.

---

Campo á la entrada de la villa.

### ESCENA PRIMERA.

MARCELA Y SILVIA, *con mantos como recatándose, detrás de LISARDO Y CALABAZAS.*

MARC. Vienen detrás nosotros?  
SILV. Sí.

MARC. Pues párate.—Caballeros,  
desde aquí habeis de volveros,  
no habeis de pasar de aquí,  
porque si intentais así  
saber quien soy, intentais  
que no vuelva adonde estais  
otra vez; y si esto no  
basta, volveos, porque yo  
os suplico que os volvais.

LIS. Dificilmente pudiera  
conseguir, señora, el sol,  
que la flor del girasol  
su resplandor no siguiera;  
dificilmente quisiera  
el Norte, fija su luz clara,  
que el iman no le mirara;  
y el iman dificilmente  
intentara que obediente  
el acero le dejara.  
Si el sol es vuestro esplendor,  
girasol la dicha mia;  
si norte vuestra porfia  
piedra iman es mi dolor;  
si es iman vuestro rigor,

MARC.

acero mi ardor severo;  
pues, cómo quedárame espero  
cuando veo que se van  
mi sol, mi norte y mi imán  
siendo flor, piedra y acero?  
A esa flor hermosa y bella  
términos el día concede,  
bien como esa piedra puede  
concederlos una estrella;  
y pues él se ausenta y ella,  
no culpeis la ausencia mía;  
decid á vuestra porfía  
piedra, acero ó girasol,  
que es de noche para el sol,  
para la estrella de día.

LIS.

Y quedaos aquí, porque  
si este secreto apurais,  
y á saber quién soy llegais,  
nunca á veros volveré  
á aqueste sitio, que fué  
campana de nuestro duelo;  
y puesto que mi desvelo  
me trae á veros aquí,  
creed de mí que importa así.  
De vuestro recato apelo,  
señora, á mi voluntad;  
y supuesto que sería  
no seguiros cortesía,  
también será necedad.  
Necio ó descortés, mirad  
cuál mayor defecto es;  
vereis que el de necio, pues  
no es enmienda, y así, á precio  
de no ser, señora, necio,  
tengo de ser descortés.  
Seis auroras esta aurora  
hace que en este camino  
ciego el amor os previno,  
para ser mi salteadora;  
tantas há que á aquella hora  
os hallo á la luz primera,  
oculto sol de su esfera,  
de su campo rebozada  
ninfa, deidad ignorada  
de su hermosa primavera.  
Vos me llamásteis, primero

que á hablaros llegara yo,  
que no me atreviera, no,  
tan de paso y forastero  
con estilo lisongero  
áspid ya de sus verdores,  
no deidad en sus primores,  
desde entonces fuisteis: pues  
áspid, que no deidad es  
quien da muerte entre las flores.

Digisteisme que volviera  
otra mañana á este prado,  
y puntual mi cuidado  
me trajo como á mi esfera.

No adelanté la primera  
ocasion, porque bastante  
no fué mi ruego constante  
á que corriese la fê  
(que adora lo que no ve)  
ese velo de delante.

Viendo, pues, que siempre es nuevo  
el riesgo, y el favor no,  
quiero á mí deberme yo  
lo que á vuestra luz no debo;  
y así seguiros me atrevo,  
que hoy he de veros, ó ver  
quién sois.

MARC.

Hoy no puede ser,  
y así dejadme por hoy,  
que yo mi palabra os doy  
de que muy presto saber  
podais mi casa, y entrar  
y verme en ella.

CAL.

(A Silvia.) Y á ella,  
doncella de esa doncella,  
(la verdad en su lugar,  
que yo no quiero infamar  
mi alma), hay cosa que la obligue  
á taparse?

SILV.

Y me sigue,  
tengo por muy cierto...

CAL.

SILV.

Qué?  
Que me persigue, porque  
quien me sigue, me persigue.

CAL.

SILV.

CAL.

Ya sé el caso, vive Dios!  
Qué va que no le declaras?  
Muy malditísimas caras

- SILV.                   debeis de tener las dos.  
CAL.                   Mucho mejores que vos.  
                          Y está bien encarecido,  
                          porque yo soy un Cupido.  
SILV.                   Cupido somos yo y tú.  
CAL.                   Cómo?  
SILV.                   Yo el pido, y tú el cu. *Thoughtfully!*  
CAL.                   No me está bien el partido.  
MARC.                  (A *Lisardo*.) Esto os vuelvo á asegurar  
                          otra vez.  
SILV.                   Pues qué fianza  
                          le dejais á mi esperanza  
                          de las dos que he de lograr?  
MARC.                  (*Descubriéndose.*)  
                          La de dejarme mirar.  
LIS.                   Usar de esa alevosía,  
                          para turbar mi osadía  
                          ha sido traicion, pues yo  
                          viéndoos, cómo os dejara  
                          quien sin veros os seguia?  
MARC.                  Quedad, pues, de mí seguro,  
                          que en breve tiempo sabreis  
                          mi casa, y entenderéis  
                          cuánto serviros procuro.  
                          Esto otra vez aseguro.  
LIS.                   Ya en seguiros soy de hielo.  
MARC.                  Y yo sin algun recelo — *discreetly*  
                          (de que agradecida estoy,  
                          por esta calle me voy.)  
LIS.                   Id con Dios.  
MARC.                  Guárdeos el cielo.  
  (*Vanse los dos.*)

## ESCENA II.

LISARDO, CALABAZAS.

- CAL.                   Linda tramoya, señor!  
                          Sigámosle, hasta saber  
                          quién ha sido una mujer  
                          tan embustera.  
LIS.                   Es error,  
                          Calabazas, si en rigor  
                          ella se recata así,  
                          seguirla.



CAL.

Eso dices?

LIS.

Sí.

CAL.

Vive Dios, que la siguiera  
yo, aunque hasta el infierno fuera.

LIS.

Qué me debe, necio, dí,  
de haber cuatro días hablado  
conmigo en este lugar,  
para darle yo un pesar,  
de quien ella se ha guardado!

CAL.

Debe el haber madrugado  
estos días.

LIS.

Ya que estamos  
solos, y que así quedamos,  
sobre lo que podrá ser  
tan recatada mujer  
discurramos.

CAL.

Discurramos.

Díme tú, qué has presumido  
de lo que has visto y notado?

LIS.

De estilo tan bien hablado,  
de traje tan bien vestido,  
lo que he pensado y creído  
es, que esta debe de ser  
alguna noble mujer,  
que, donde no es conocida,  
disimulada y fingida  
gusta de hablar y de ver,  
y por forastero á mí  
para este efecto eligió.

CAL.

Mucho mejor pienso yo.

LIS.

Pues no te detengas, dí.

CAL.

Mujer que se viene así  
á hablar con quien no la vea,  
donde ostentarse desea  
bachillera é importuna,  
que me maten si no es una  
muy discretísima fea,  
que por el pico ha querido  
pescarnos.

LIS.

Y si la hubiera  
visto yo, y un ángel fuera?

CAL.

Vive Dios, que me has cogido!  
La Dama Duende habrá sido,  
que volver á vivir quiere.

LIS.

Aun bien, sea lo que fuere,  
que mañana se sabrá.

- CAL. Luego crees que vendrá  
mañana?
- LIS. Si no viniere,  
poco ó nada habrá perdido  
la necia esperanza mia.
- CAL. El madrugar otro día  
poca pérdida habrá sido?
- LIS. El negocio á que he venido  
á madrugar me ha obligado;  
no lo debo á este cuidado. (Vanse.)

Sala en casa de D. Félix.

### ESCENA III.

LISARDO, CALABAZAS, y luego D. FELIX, HERRERA.

- CAL. Cerca de casa vivió,  
pues de vista se perdió  
cuando á casa hemos llegado.
- LIS. Y tarde debe de ser.
- CAL. Sí, pues vistiéndose sale  
quien á los dos nos mantiene,  
sin ser los dos justas reales.  
(Salen D. Félix y Herrera.)
- LIS. D. Félix, bésoos las manos.
- FEL. El cielo, Lisardo, os guarde.
- LIS. Tan de mañana vestido?
- FEL. Un cuidado, que me trae  
desvelado, no permite  
que sosiegue ni descanse.  
Pero vos, que os admirais  
de que á esta hora me levante,  
no me digisteis anoche  
que á dar unos memoriales  
habíais de ir á Aranjuez?  
Pues cómo á Ocaña os tornásteis  
desde el camino?
- LIS. Si bien  
me acuerdo, regla es del arte,  
que la pregunta y respuesta  
siempre un mismo caso guarden;  
y puesto que á mi pregunta  
fué la respuesta mas fácil  
un cuidado, de la vuestra

otro cuidado me saque,  
que es quien á Ocaña me vuelva.  
FEL. Apenas ayer llegásteis,  
y hoy teneis cuidado?  
LIS. Sí.  
FEL. Pues por obligaros antes  
que me obligueis á decirle,  
este es el mío, escuchadme.  
CAL. En tanto que ellos se pegan  
dos grandísimos romances,  
tendreis, Herrera, algo que  
se atreva á desayunarme?  
HER. Vamos hácia mi aposento,  
Calabazas, que al instante  
que hayais vos entrado en él,  
no faltará algo fiambre (Vanse.)

#### ESCENA IV.

D. FELIX. LISARDO.

FEL. Bien os acordais de aquellas  
felicísimas edades  
nuestras, cuando los dos fuimos  
en Salamanca estudiantes.  
Bien os acordais tambien  
del libre, el glorioso ultraje *outrage*  
con que de Venus y Amor  
traté las vanas deidades,  
de su hermosura y sus flechas  
tan á su pesar triunfante,  
que de rayos y de plumas  
coroné mis libertades.  
Oh, nunca hubieran, Lisardo,  
luchado tan desiguales  
fuerzas, porque nunca hubieran  
podido los dos vengarse,  
ó hubiera sido su golpe,  
puesto que á todos alcance,  
por costumbre solamente,  
flecha disparada al aire,  
y no por venganza, flecha,  
bañada en venenos tales,  
que salió del arco pluma,  
corrió por el viento ave.

llegó rayo al corazon,  
donde se alimenta áspid!  
La primer vez que sentí  
este golpe penetrante,  
que sabe herir sin matar  
(y aun esto es lo mas que sabe),  
en la juventud del año,  
una tarde fué agradable  
del abril; pero mal dije,  
al alba fué. No os espante  
ser por la tarde y al alba,  
que con préstamos celajes,  
si bien me acuerdo, aquel dia  
amaneció por la tarde.

Este, pues, como otros muchos,  
por divertirme y holgarme  
salí á caza, y empeñado  
llegué de un lance á otro lance  
al real sitio de Aranjuez,  
que, como poco distante  
está de Ocaña, él es siempre  
nuestro prado y nuestro parque.

Quise entrar á sus jardines,  
sin saber qué me llevase  
á ver lo que tantas veces  
habia visto, que esto es fácil  
todo el tiempo que no asisten  
al sitio sus majestades.

En él de la isla entré...  
oh, cómo, Lisardo, sabe  
la desdicha prevenirse,  
el daño facilitarse!

Pues como la mariposa,  
que halagüeñamente hace  
tornos á su muerte, cuando  
sobre la llama flamante  
las alas de vidrio mueve,  
las hojas de carmin bate;  
así el infeliz, llevado  
de su desdicha al exámen,  
ronda el peligro, sin ver  
quien al peligro le trae.

Estaba en la primer fuente  
(que es un peñascó agradable,  
donde, temiendo el diluvio  
de sus cruzados cristales,

parece que van viniendo  
á él todos los animales)  
una mujer recostada  
en la siempre verde márgen  
de murta, que la guarnece  
como cenefa ó engaste  
de esmeralda, á cuyo anillo  
es toda el agua diamante.  
Tan divertida en mirar  
su hermosura en el estanque  
estaba, que puse duda  
sobre si es mujer ó imagen,  
porque como ninfas bellas  
de plata bruñida hacen  
guarda á la fuente, tan vivas,  
que hay quien espere que hablen;  
y ella miraba tan muerta,  
que no pudo esperar nadie  
que se pudiese mover,  
la naturaleza al arte  
me pareció que decía:  
«No blasones, no te alabes,  
de que lo muerto desmientes  
con mas fuerza en esta parte,  
que yo desmiento lo vivo;  
pues en lo contrario iguales,  
sé hacer una estatua yo,  
si hacer tú una mujer sabes,  
ó mira un alma sin vida,  
donde está con vida un jaspe.»  
Al ruido que entre las hojas  
hice (ay de mí!) por llegarme  
á mirarla de mas cerca,  
del éxtasis agradable  
(no fué de amor!) volvió  
con algun susto á mirarme.  
No me acuerdo si le dije  
que ufana no contemplase  
tanta beldad, por el riesgo  
de ser de si misma amante,  
que donde hubo ninfa y fuente,  
no fué posible escaparme  
del concepto de Narciso.  
Ella, honestamente grave,  
sin responderme volvió  
la espalda, y siguió el alcance

de una tropa de mujeres,  
que andaba mas adelante,  
midiendo de los jardines  
ya los cuadros, ya las calles,  
hasta que su pié llegó  
á hacer á todos iguales,  
porque al pequeño contacto,  
flores produjo fragantes  
tantas la arena, que ya  
no pudo determinarse  
si era calles, ó era cuadros  
el jardin por todas partes;  
pues fueron rosas despues  
las que eran veredas antes.  
El traje que se vestia  
era un bien mezclado traje,  
ni bien de corte, ni bien  
de aldea, sino á mitades,  
de señora en el aliño,  
de aldeana en el donaire.  
En un airoso sombrero  
llevaba un rico plumaje,  
á quien tuvieron accion  
la tierra despues y el aire,  
por el matiz ó la pluma,  
sobre si era flor ó ave.  
Seguila hasta que llegó  
á la cuadrilla, que errante  
coro tejido de ninfas,  
á los templados compases  
de hojas, pájaros y fuentes,  
sonoramente suaves,  
cada paso era un festin,  
cada descuido era un baile.  
A todas las conocia,  
en fin, como naturales  
de Ocaña, y solo ignoré  
quién era de mis pesares  
la ocasion, que ya lo era,  
porque desde el mismo instante  
que la ví, sentí en el alma  
todo lo que hoy siento. Nadie  
diga que quiso dos veces;  
que aunque aquí mire, allí hable  
aquí festeje, allí escriba,  
aquí pierda y allí alcance

no ha de querer mas que una,  
que no pueden ser iguales  
en el mundo dos efectos,  
si de una causa no nacen.  
De algunas de las que iban  
con ella, pude informarme  
de quién era, y hallé en ella  
mas calidad por su sangre,  
qué por su beldad. La causa  
de no haberla visto antes,  
fué por haberse criado  
en la corte con su padre,  
hasta que á Ocaña se vino,  
porque viva donde mate.  
No os digo que la servi  
feliz y dichoso amante,  
porque dichas que se pierden  
son las desdichas mas grandes;  
solo digo que obligada  
á mis finezas constantes,  
á mis servicios corteses  
y á mis afectos leales,  
merecí que alguna noche  
por una reja me hablase  
de un jardín, donde testigos  
fueron de venturas tales  
la noche y jardín, que solo  
á los dos quise fiarme;  
porque al jardín y á la noche,  
que son el vistoso alarde,  
ya de flores, ya de estrellas,  
hiciera mal de negarles,  
á las unas lo que influyen,  
y á las otras lo que saben;  
puesto que estrellas y flores  
siempre, en amorosas paces  
enlazadas unas de otras,  
serán terceras de amantes.  
Desta suerte, pues, teniendo  
la fortuna de mi parte,  
viento en popa, del amor  
corri los inciertos mares,  
hasta que el viento mudado  
levantaron huracanes  
de una tormenta de celos,  
montes de dificultades.

Tormenta de celos dije;  
ved, si alguna vez amásteis,  
qué esperanza hay del piloto?  
qué seguro de la nave?  
Bien creereis, Lisardo, bien,  
cuando así escuchéis quejarme  
de los celos, que soy yo  
quien los tiene; no os engañe  
el afecto de sentiros  
desta suerte, porque antes  
soy quien los he dado, y ellos  
son en sus efectos tales,  
que me matan dados, como  
tenidos pueden matarme.  
Oh! á qué nacen los que á ser  
dados ni tenidos nacen?  
Hay una dama en Ocaña,  
á quien yo rendido amante  
festejé un tiempo; esta, pues,  
por darme muerte y vengarse,  
se ha declarado con ella,  
fingiendo fuezas grandes  
que á mi amor debe. Ay, Lisardo,  
qué prontamente, qué fácil  
en los celos las mentiras  
sientan plaza de verdades!  
Con esto se ha retirado  
tal, que aun para disculparme  
no permite que la vea,  
no me deja que le hable.  
Mirad, pues, si este cuidado  
consentirá que descanse,  
cercado de tantas penas,  
cargado de tantos males,  
muerto de tantos disgustos,  
lleno de tantos pesares;  
y finalmente, teniendo  
sin culpa ofendido á un ángel,  
pues el padecer sin culpa,  
es la desdicha mas grande.  
D. Félix, aunque los celos,  
de quien así os quejais, basten  
á dar pesadumbre dados,  
en no ser tenidos traen  
anticipado el consuelo,  
que el dolor es tan distante

Lis.



desde darlos á tenerlos,  
cuanto hay de ser un amante  
la persona que padece,  
ó la persona que hace.  
Con lástima empecé á oiros  
cuando los celos nombrásteis;  
mas cuando dijisteis, que eran  
engaños y no verdades,  
la lástima se hizo envidia,  
porque no hay gusto tan grande  
cuando hay desengaño, como  
hacer damas y galanes,  
ó paces para reñir,  
ó reñir para hacer paces.  
Id á ver á vuestra dama,  
que yo sé, aunque mas se guarde,  
pues ella tiene los celos,  
que ella está en aqueste instante,  
más que vos desengañarla,  
deseando desengañarse.

### ESCENA V.

MARCELA Y SILVIA, *abriendo una puerta, que estará cubierta con una antepuerta, y quedándose detrás de ella.*—LISARDO, D. FELIX.

MARC.

(*Ap. á Silvia.*)

Por esta puerta, que al cuarto  
de mi hermano, Silvia, sale  
desde el mío, á verle vengo,  
porque aunque él esté ignorante  
de que he salido hoy de casa,  
con esto he de asegurarle.

SILV.

Detente, que está con él  
el tal huésped, y ya sabes  
que no quiere mi señor  
que llegue á verte ni hablarte.

MARC.

Y aun esa fué mi desdicha.  
Oigamos desde esta parte.

LIS.

Y si en tanto que este gusto  
llega, quereis que yo trate  
de divertirlos, pues fué  
concierto que os escuchase  
un cuidado, y que os dijese

MARC.

Lis.

el mio, oidme, escuchadme.

Oye.

Despues que troqué  
el hábito de estudiante  
al de soldado, la pluma  
á la espada, la suave  
tranquila paz de Minerva  
al sangriento horror de Marte,  
la escuela de Salamanca  
á la campaña de Flandes,  
y despues, en fin, que hube  
(sin valedor que me ampare)  
merecido una gineta,  
premio á mis servicios grande,  
por haberme reformado  
entre otros capitanes,  
ya la campaña acabada  
(que no me viniera antes),  
pedí licencia y partí  
á España, por ver si honrarme  
merezco el pecho con una  
de las cruces militares,  
que sobre el oro del alma,  
son el mas noble realce.  
Con esta pretension vine;  
y su majestad, que guarde  
el cielo para que sea  
Fénix de nuestras edades,  
remitió mi memorial,  
á tiempo que á desahogarse  
de molestias cortesanas  
vino á Aranjuez, admirable  
dosel de la primavera.  
Mas qué mucho que se alabe  
de serlo, si la mas bella,  
la mas pura, mas fragante  
flor, la flor de lis, la reina  
de las flores, tras sí trae  
cuantas á envidia del sol  
rayos brillan, luz esparcen?  
Seguí la corte, traido  
mas de mi afecto constante  
que de mi necesidad;  
porque los ministros tales  
hoy el Rey se sirve, que  
no es al mérito importante

la asistencia, porque todos  
acudir á todo saben;  
gracias al celo de aquel,  
con quien el peso reparte  
de tanta máquina, bien  
como Alcides con Atlante;  
llegué en efecto á Aranjuez,  
donde vos me visitásteis  
en una posada, y viendo  
tan incómodo hospedaje  
como tienen en los bosques  
escuderos y pleitantes,  
que me viniese con vos  
á Ocaña me aconsejásteis;  
pues los dias de la audiencia,  
dos leguas era tan fácil  
andarlas por la mañana,  
y volverlas por la tarde.  
Yo, por vuestro gusto, más  
que por mis comodidades,  
obedeci. Todo esto  
ya vuestra amistad lo sabe;  
pero importa haberlo dicho,  
para que de aquí se enlace  
la mas estraña novela  
de amor, que escribió Cervantes.  
(Ap.) Aquí entro yo ahora.

MARC.  
LIS.

Un dia,

que madrugué vigilante,  
por llegar antes que el sol  
nuestro horizonte rayase  
junto á un convento, que está  
de Ocaña poco distante,  
entre unos álamos verdes  
ví una mujer de buen aire.  
Saludéla cortesmente,  
y ella, antes que yo pasase,  
por mi nombre me llamó.  
Volví en oyendo nombrarme,  
y diciendo á Calabazas  
que con el rocín me aguarde,  
llegué diciendo: «Dichoso  
el forastero á quien saben  
su nombre las damas!» Y ella,  
con mas cuidado en taparse,  
me respondió á media voz:

«Caballero de esas partes  
no es forastero en ninguna.»  
Y añadió favores tales,  
que me obliga la vergüenza,  
por mí mismo, á que los calle;  
porque no sé cómo hay hombres  
tan vanos, tan arrogantes,  
que de que ha habido mujeres  
que los buscaron, se alaben.

SILV. (Ap.) El cuenta nuestro suceso.  
LIS. Oh quién pudiera estorbarle,  
antes que en Fénix las señas  
alguna malicia causen!

FEL. Proseguid.

LIS. Ella, en efecto,  
siempre embozado el semblante,  
me despidió con decirme  
que, como no examinase  
quién era, ni la siguiese,  
otro día estaria á hablarme.  
Seis veces, pues, corrió al sol  
las cortinas orientales  
sumiller el alba, y seis  
tapada hallé entre unos sauces  
esta mujer. Yo, enfadado  
de recato semejante,  
determiné de seguirla  
hoy cuando á Ocaña tornase;  
pero no pude, porque  
volviendo ella por instantes,  
me vió, y no quiso pasar  
de la vuelta desta calle.  
FEL. Desta calle?

LIS. Y á la cuenta  
vive hácia aquí, que al instante  
la perdí de vista. Aquí  
me dijo que la dejase  
otra vez, porque su vida  
aventuraba mi exámen.  
FEL. Estraña mujer!

MARC. (Ap.) Ya es fuerza  
que las señas me declaren.

FEL. Proseguid.

LIS. Yo, pues...

## ESCENA VI.

CELIA, con manto.—*Dichos.*

CEL.

D. Félix,

podrá una mujer aparte  
hablaros?

FEL.

Pues por qué no?

MARC.

(Ap.) Oh á qué buen tiempo llegaste,  
mujer ó ángel, para mí!

FEL.

Luego irá el cuento adelante;  
permitid ahora, por Dios,  
que con esta mujer hable,  
que es criada de la dama  
que os dije.

LIS.

Pues que me maten,  
si ello no es lo que yo he dicho.  
Ved el recato que os trae,  
y adios, porque para estotro  
no importa que tiempo falte.

(*Vase.*)

## ESCENA VII.

D. FELIX, CELIA.—MARCELA Y SILVIA, *ocultas.*

FEL.

Era hora de vernos, Celia?

CEL.

No te admires ni te espantes  
que no me atreva á venir  
á verte, porque si sabe  
mi señora que te he visto.  
no habrá duda que me mate.

FEL.

Tan cruel conmigo está?

CEL.

Viniendo yo hácia esta parte  
á un recado, no he querido  
dejar de verte y hablarte.

FEL.

Y qué hace tu hermoso dueño?

CEL.

Sentir, es lo mas que hace,  
tu ingratitud.

FEL.

Plegue á Dios,  
si la ofendí, que él me falte!

CEL.

Por qué á ella no se lo dices?

FEL.

Porque no quiere escucharme.

CEL.

Si tú hubieras de callar,

yo me atreviera á llevarte  
donde le hablaras.

FEL. Ay Celia,  
no habrá mármol que así calle!

FEL. Pues vente agora conmigo;  
yo haré una seña si sale  
mi señor, y dejaré  
la puerta abierta; tú entrarte  
hasta su cuarto podrás.

FEL. Dásme nuevo aliento, dásme  
nueva vida.

CEL. Aquesta es  
la hora mejor; mas no aguardes,  
vente tras mi.

FEL. Tras ti voy.

CEL. (Ap.) Ay bobillos, y qué fácil,  
á la casa de su da na,  
es de llevar un amante!  
(Vanse D. Félix y Celia.)

## ESCENA VIII.

MARCELA, SILVIA. (Salen.)

MARC. Yo salí de lindo susto!  
SILV. Pues cómo afirmas que sales,  
si luego han de verse, y luego  
proseguirá el cuento?

MARC. Antes  
lo habré remediado.

SILV. Cómo?

MARC. Escribiéndole que calle  
hasta que se vea conmigo,  
y esto ha de ser esta tarde.

SILV. Declarada por quién eres?

MARC. Jesus, el cielo me guarde!

SILV. Pues qué has de hacer?

MARC. No es mi hermano

de Laura, mi amiga, amante?

No sabe lo que es amor?

Pues hoy he de declararme  
con ella, y hoy has de ver,  
Silvia, el mas extraño lance  
de amor, porque yo fingida...  
Pero no quiero contarle,

que no tendrá despues gusto  
el paso, contado antes.

(*Vanse.*)

Casa de Fabio.

## ESCENA IX.

LAURA, FABIO.

FAB.

*rosicler*  
Notable es la tristeza  
que el rosicler turbó de tu belleza.  
Qué tienes estos dias,  
que entregada (ay de mí!) á melancolías  
tales, á todas horas  
triste suspiras y rendida lloras?

LAUR.

Si yo, señor, supiera  
la causa de mi mal (*Ap.* á Dios pluguiera  
no lo supiera tanto),  
el consuelo mayor, menor el llanto  
fuera, pues fuera entonces el sabella  
el primer aforismo de vencella.  
Pero la pena mía  
es, señor, natural melancolía,  
y así el efecto hace,  
sin que llegue á saber de lo que nace,  
que esta distancia dió naturaleza  
en la melancolia y la tristeza.

FAB.

No sé lo que te diga,  
sino que á tanto tu dolor obliga,  
que riguroso y fuerte  
padeces tú el dolor, y yo la muerte;  
pues ya vivir no espero,  
mientras tan triste á tí te considero. (*Vase.*)

## ESCENA X.

LAURA.

Qué haré yo, que rendida,  
á pesar de mi vida,  
vivo? Qué es esto, cielos?  
Mas bien se deja ver que estos son celos,  
porque una ardiente rabia

que el sentimiento agravía,  
una rabiosa ira  
que la razón admira,  
un compuesto veneno  
de que el pecho está lleno,  
una templada furia  
que el corazón injuria,  
qué áspid, qué monstruo, qué animal, qué  
(fiera,

fuera ay Dios! que no fuera,  
compuesta de tan varios desconsuelos,  
la hidra de los celos?  
Pues ellos solos son á quien los mira,  
furia, rabia, veneno, injuria é ira.  
Oh quién antes supiera  
aquella voluntad, Félix, primera,  
tuya, que no empeñara  
tanto la mía, que hasta el fin llegara!  
Pues aunque no sabía  
de amor, cuando tan libre (ay Dios!) vivía,  
tampoco no ignoraba,  
que tarde ó nunca el que lo fué se acaba.  
Quiere á Nise en buen hora,  
pero déjame á mí morir.

## ESCENA XI.

CELIA.—LAURA.

CEL.  
LAUR.  
CEL.

Señora.

Celia, qué hay?

Que he hecho

mi papel, y sospecho  
que no muy mal, así tu beldad viva!  
Entré en su casa, díjele que iba  
á un recado, y que acaso  
pasando por su calle, aunque de paso  
le quise ver. Con un suspiro entonces  
que ablandara los mármoles y bronce,  
me preguntó por tí, turbado y ciego.  
Encarecíle luego  
tu enojo, y que si acaso tú supieras  
que le había ido á ver, muerte me dieras;  
y como que salía  
de mí, le dije: por qué no venía



por instantes á darte  
satisfacciones y desenojarte?  
Dijo, que porque estabas  
tal, que no le escuchabas;  
dijele que viniera,  
que yo, aunque á tanto riesgo me pusiera,  
hasta tu mismo cuarto le entraria,  
con tal que no dijese en algun dia  
que yo le habia traído.  
Juró el secreto, y muy agradecido,  
el caso se concierta,  
y está esperando enfrente de la puerta  
la seña; vóila á hacer, pues no está en casa  
mi señor. Esto es todo lo que pasa.  
Llámale, pues, que aunque de Nise creo  
los celos que me da, tanto deseo  
ver cómo se disculpa,  
que quiero hacerle espaldas á la culpa;  
(*Vase Celia.*)  
pues la que mas celosa  
se muestra, mas colérica y furiosa,  
más entonces desea  
satisfacciones, aunque no las crea,  
que es dolor el de celos tan extraño,  
que se deja curar aun del engaño;  
pues cuando el desengaño no consiga,  
conseguiré á lo menos que él lo diga.

LAUR.

## ESCENA XII.

CELIA, D. FELIX.—LAURA.

CEL. (*Ap. á D. Félix.*) Fuera está de casa Fábio,  
mi señor; el tiempo es este  
mejor para entrar á hablarle.

FEL. Vida y ventura me ofreces.

CEL. Disimula que llamado  
de mí á entrar aquí te atreves.—  
Señor D. Félix, qué es esto?  
Cómo os entráis...

Celia, tente.

FEL.

CEL. Hasta aquí?

FEL. Celia, por Dios,

que calles.

LAUR.

Qué ruido es ese?

CEL. Qué ha de ser? Que hasta esta sala se ha entrado el Sr. D. Félix, sin mirar, sin advertir, que si acaso ahora viniese mi señor, tú...

LAUR. Caballero, pues qué atrevimiento es este? Cómo en mi casa, en mi cuarto, os entraís de aquesta suerte?

FEL. Como quien morir desea nada mira, nada teme; y si mi muerte ha de ser venganza de tus d sdenes, quiero morir a tus ojos, por hacer feliz mi muerte.

LAUR. (A Celia.) Tú tienes la culpa desto.

CEL. Yo, señora?

LAUR. Si tuvieses cerrada esa puerta tú...

CEL. Cerrada estaba.

FEL. No tienes que reñir á Celia, que ella de mi error qué culpa adquiere? Yo solo tengo la culpa, riñeme á mi solamente; castigame solo á mí, si no es ya que á reñir llegues á Celia, por la costumbre con que la inocencia ofendes.

LAUR. Dices bien: error es mio de que me he dejado siempre llevar, pues no habiendo tú escrito á Nise papeles, no habiendo entrado en su casa, y no habiendo ella ido á verte á la tuya, yo cruel, colérica é impaciente, inocente te persigo, que eres tú muy inocente.

FEL. Y siendo así que yo soy tan desigual, tan aleve, tan injusta, tan mudable, qué me buscas? qué me quieres? Solo quiero persuadirte al engaño que padeces de tus celos.

LAUR.

Quién te ha dicho

que yo tengo celos, Félix?

FEL.

Tú misma te contradices.

LAUR.

De qué suerte?

FEL.

Desta suerte.

O tienes celos, ó no;

si dices que no los tienes,

para qué finges enojos,

Laura, de lo que no sientes?

Si los tienes, por qué, Laura,

desengañarte no quieres,

pues ninguno al desengaño

celoso la espalda vuelve?

Luego para disculparme,

ó para satisfacerte,

si los tienes, has de oirme,

ó hablarme si no los tienes.

LAUR.

Si fuera argumento tal,

que negarse no pudiese,

quien está enojada está

celosa, muy sutilmente

arguyeras; mas si no

se sigue precisamente,

pues puedo estar enojada

sin que á estar celosa llegue,

ni yo tengo que escucharte,

ni tú que decirme tienes.

FEL.

Pues, vive Dios, que has de oirme

antes que de aquí me ausente,

celosa ó quejosa.

LAUR.

Iráste

si te oigo?

FEL.

Sí.

LAUR.

Pues dí, y vete.

FEL.

Negarte que yo he querido,

Laura, á Nise...

LAUR.

Oye, detente.

Y es estilo de obligarme,

modo de satisfacerme,

decirme, cuando aguardaba

mil rendimientos corteses,

mil finezas amorosas,

fuesen verdad ó no fuesen,

que hay duelos de amor, adonde

queda bien puesto el que miente,

decirme en mi misma cara

que á Nise has querido? Advierte  
que con lo mismo que piensas  
que desenojas, ofendes.

FEL.

Si no me oyes hasta el fin...

LAUR.

Desto disculparte puedes?

FEL.

Sí.

LAUR.

(Ap.) Plegue á amor!

FEL.

Oye, pues.

LAUR.

Iráste?

FEL.

Sí.

LAUR.

Pues dí, y vete.

FEL.

Negarte que yo he querido,  
Laura, á Nise, fuera error;  
mas pensar tú que este amor  
es como el que te he tenido,  
mayor error, Laura, ha sido;  
pues si á Nise un tiempo amé,  
no fué amor, ensayo fué  
de amar tu luz singular,  
que, para saber amar  
á Laura, en Nise estudié.

FEL.

A ciencias de voluntad  
les hace el estudio agravio,  
pues amor, para ser sábio,  
no va á la universidad,  
porque es de tal calidad,  
que tiene sus libros llenos  
de errores propios y ajenos;  
y así en su ciencia verás,  
que los que la cursan mas,  
son los que la saben menos.

FEL.

Pues espíqueme mejor  
otro ejemplo: nace ciego  
un hombre, y discurre luego  
cómo será el resplandor  
del sol, planeta mayor,  
que rumbos de zafir gira;  
y cuando por fé le admira,  
cobra en una noche bella  
la vista, y es una estrella  
la primer cosa que mira.  
Admirando el tornasol  
de la estrella, dice: «Sí,  
este es el sol, que yo así  
tengo imaginado al sol;»  
pero cuando su arrebol

FEL.

tanta admiracion le ofrece,  
sale el sol y le oscurece.  
Pregunto yo: ofenderá  
una estrella, que se va,  
á todo un sol que amanece?  
Yo así, que ciego vivía  
de amor, cuando no te amaba,  
como ciego, imaginaba  
cómo aquel amor sería;  
adoraba lo que vía,  
presumiendo que era así  
el amor; mas ay de mí!  
que no ví al sol, ví una estrella,  
y entretúveme con ella,  
hasta que el sol mismo ví.

LAUR.

Eso no; pues si me doy  
por entendida contigo,  
que Nise fué mi sol digo,  
y que yo su estrella soy.  
Pruébolo, pues si yo estoy  
contigo la noche fría,  
y ella de día te envía  
á llamar, y estás con ella,  
quién será el sol ó la estrella?  
Cuya es la noche ó el día?

EL.

Vive Dios, Laura, que son  
engaños tuyos, y plegue  
al cielo, que si la he visto,  
que un rayo me dé la muerte,  
desde que á Ocaña viniste!  
Qué mas desengaños quieres  
de lo que cuenta de mí,  
que escuchar que ella lo cuente,  
pues es el mayor desaire  
del duelo de las mujeres,  
confesar sus celos, donde  
lo escucha de quien los tiene?  
Yo sé que han sido verdades,  
y no engaños aparentes.  
De qué lo sabes?

LAUR.

FEL.

LAUR.

De que  
es mal que á mí me sucede,  
y no puede ser mentira,  
porque de los males suele  
decirse, Félix, que fueron  
astrólogos excelentes,

porque siempre adivinaron,  
y dijeron verdad siempre.  
FEL. Por lo menos ya confiesas  
que son celos, y los sientes.  
LAUR. Si me estás dando tormento,  
es mucho que los confiese?  
FEL. Si tanto aprietan fingidos,  
ciertos, qué?...  
CEL. Mi señor viene.  
LAUR. Vete por aquella puerta  
de esotro cuarto, pues tiene  
puerta á la calle.  
FEL. Dí, cómo  
quedamos?  
LAUR. Como quisieres.  
FEL. Yo querré desenojada...  
LAUR. A verme esta noche vuelve,  
que quiero verte esta noche,  
aunque de Nise me acuerde.  
FEL. Ay, Laura, cuánto te engañas!  
LAUR. Ay, cuánto me agravias, Félix!  
CEL. Ay, cuánto no sirve una  
casa que dos puertas tiene!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

---

## JORNADA SEGUNDA.

---

### ESCENA PRIMERA.

LAURA, CELIA *por una puerta, y por otra* MARCELA *con manto*, HERRERA.

LAUR. Tú seas muy bien venida  
á esta casa.

MARC. Y tú seas,  
amiga, muy bien hallada.

LAUR. Con tal visita, ya es fuerza  
que lo esté.

MARC. Yo pienso antes,  
que te has de hallar mal con ella,  
que vengo á darte cuidado.

LAUR. Yo le tengo, hasta que sepa  
en qué te puedo servir.—  
Llega aquesas sillas, Celia,  
que aquí estaremos mejor  
que en el estrado.

HER. Quisiera  
saber á qué hora vendré.

MARC. Al anochecer, Herrera,  
Podrá venir.

HER. El sereno  
A esa hora tiene mas fuerza.

(Vase.)

### ESCENA II.

LAURA, MARCELA, CELIA.

MARC. Mi amiga eres, Laura hermosa,  
á quien dió naturaleza  
noble sangre, claro ingenio;  
pues de quién con mas certeza  
me fiaré, que de quien es  
mi amiga, noble y discreta?

LAUR. Con tan grandes prevenciones  
la proposicion empiezas,  
que ya, más que tú decirla,  
estoy deseando saberla.

MARC. Estamos solas?

LAUR. Sí estamos. —

Celia, salte tú allá fuera.

MARC. No importa que Celia lo oiga.

LAUR. Prosigue, pues.

MARC. Oye atenta.

Mi hermano D. Felix, Laura,  
por amistad que profesan  
él y un noble caballero  
desde sus edades tiernas,  
le trajo á casa estos dias,  
que Aranjuez, sagrada esfera  
del cuarto Felipe, cifra  
la luz del cuarto planeta.  
Ese hospedaje en efecto  
fué con tan vana advertencia,  
que para traerle á casa,  
la primer cosa que ordena  
es, que retirada yo  
á un cuarto pequeño della,  
les deje á los dos el mio,  
y que tal recato tenga,  
que escondida siempre dél,  
ni alcance, Laura, ni entienda  
que vivo en casa, que así  
(mas qué accion tan poco atenta!)  
Pensó sanear la malicia  
de que Ocaña no dijera  
que traia á casa un huésped  
tan mozo, teniendo en ella  
una hermana por casar;  
y fué aquesto de manera,  
que retirada á este cuarto  
que te he dicho, aun una puerta  
que sale al cuarto de Félix  
(porque nunca presumiera  
que habia mas casa), la hizo  
cubrir con una antepuerta,  
y por ella á aderezarle  
solo Silvia sale y entra.  
Dejemos, pues, á Liardo,  
que, sin que jamás entienda



que hay mujer en casa, vive  
con este descuido en ella;  
Dejemos tambien á Félix,  
que con esto solo piensa  
que curó en salud el daño  
de que me hable y que me vea,  
y vamos á mí, que viendo  
la prevencion con que intenta  
mi hermano ocultarme, hice  
de la prevencion ofensa,  
porque no hay cosa que tanto  
desespere á la mas cuerda,  
como la desconfianza.  
Cuánto ignora, cuánto yerra  
en esta parte el honor!  
Que es como el que olvidar piensa  
una cosa, que el cuidado  
de olvidarla es quien la acuerda;  
es como el que desvelado  
se quiere dormir por fuerza,  
que llamando al sueño, es  
el sueño quien le despierta,  
y es como el que halla en un libro  
borradas algunas letras,  
que por solo estar borradas,  
le da mas gana de leerlas.  
Este recato, en efecto,  
en Félix mi hermano; esta  
curiosidad, Laura, en mí,  
ó este destino en mi estrella,  
despertaron un deseo  
de saber si el huésped era,  
como gallardo, entendido,  
cosa que quizá no hiciera  
á no habérmelo vedado,  
que, en fin, la culpa primera  
de la primera mujer,  
esto nos dejó en herencia.  
Y para poder mejor  
hablarte, sin que supiera  
quién era la que le hablaba,  
fui una mañana á esas huertas,  
paso de Aranjuez, por donde  
habia de pasar por fuerza.  
Llaméle pensando, Laura,  
que el hablarle no tuviera

mayor empeño que hablarle  
por curiosidad ó tema.  
Mas ay, que es fácil la entrada,  
cuanto difícil la vuelta  
del mas hermoso peligro!  
Dígalo el mar desde afuera,  
convidando con la paz  
á cuantos á verle llegan,  
cuando jugando las ondas  
unas con otras se encuentran;  
pues el que mas confiado  
pisó su inconstante selva,  
ese lloró mas perdido  
la saña de sus ofensas.  
Yo así apacible juzgué  
el mar de amor; pero apenas  
reconocí sus halagos,  
cuando sentí sus violencias.  
Pensarás que este cuidado  
solo alcanza, solo llega  
á hallarme hoy enamorada;  
pues más mal hay que el que piensas,  
porque de amor y de honor  
estoy corriendo tormenta.  
Hoy, pues, Lisardo á D. Félix  
(que yo detrás de la puerta,  
que te he dicho, lo escuchaba)  
de todo le daba cuenta,  
sí (no importa declararme)  
no se lo estorbara Celia.  
Doblada quedó la hoja,  
y temo que por las señas  
del rostro, que ya me vió  
Lisardo, ó por la cautela  
con que le hablé, ó por haber  
seguidome hasta tan cerca  
de casa, puedan en Félix  
moverse algunas sospechas,  
y así, antes que el discurso  
á enlazarse, Laura, vuelva,  
me importa hablar á Lisardo;  
para cuyo efecto queda  
Silvia ya con un papel,  
en que le digo que venga  
á verme á esta casa, donde  
yo he de estar...

LAUR.

Detente, espera,  
que has usado neciamente,  
Marcela, de la licencia  
de la amistad; pues primero  
que á ese Lisardo escribieras,  
ni á mi casa le llamaras,  
debieras mirar, debieras,  
advertir desde la tuya,  
los inconvenientes desta.

MARC.

Ya, Laura, los he mirado,  
sin que corran por tu cuenta.

LAUR.

De qué manera? Si yo...

MARC.

Escucha de qué manera.  
Tu casa tiene dos cuartos,  
y del uno cae la puerta  
á otra calle; á Silvia dije  
que le trajese por ella;  
de suerte que entrando, Laura,  
por donde saber no pueda,  
en fin, como forastero,  
si es casa tuya, qué arriesgas?

LAUR.

Arriesgo el que lo pregunte,  
y lo que hoy no sabe, sepa  
mañana, y piense que yo  
soy la tapada.

MARC.

Que adviertas,  
te pido. que yo he de estar  
de visita y descubierta,  
como si fuera mi casa,  
dentro de la tuya mesma.

LAUR.

Cuando el verte á tí me libre  
á mí con esa cautela,  
cómo me podré librar  
del peligro de que venga  
mi padre, y halle aquí un hombre?

MARC.

Luego ha de venir por fuerza  
hoy, y luego han de cogernos  
en el primer hurto? Esta  
fineza has de hacer por mí,  
pues es tan digna fineza  
de tu sangre y mi amistad.

LAUR.

(Ap.) Oh, quién decirle pudiera  
el tercer inconveniente,  
pues no es el de menor pena  
que acierte á venir D. Félix,

y me halle á mí hecha tercera  
de su hermana y de su amigo!

### ESCENA III.

SILVIA, *con manto*.—*Dichas*.

SILV. A Ocaña he dado mil vueltas  
hasta hallarle.

MARC. Silvia, qué hay?

SILV. Que di tu papel, y apenas  
le leyó, cuando tras mí  
vino, y queda ya á la puerta  
que me dijiste.

MARC. Ya, Laura,  
no hay como escusarte puedas.

LAUR. De mala gana te sirvo  
en esto.

MARC. Quitame, Celia,  
este manto; llama, Silvia,  
tú á Lisardo, y tú no quieras  
(*Vase Silvia.*)  
verle, que eres muy hermosa  
para criada.

LAUR. Ya quedas  
hecha dueña de mi casa,  
Marcela; mira por ella. —  
(*Ap.*) Oh, á qué de cosas se obliga  
Quién tiene una amiga necia! (Vase.)

### ESCENA IV.

SILVIA, LISARDO.—MARCELA.

SILV. Esta es la casa, señor,  
de aquella dama encubierta,  
que ya descubierta veis.

LIS. Quién vió dicha como esta?  
MARC. Estariades, señor  
Lisardo, muy olvidado  
de que iria mi cuidado  
á buscaros.

LIS. Mi temor  
confieso, y que la esperanza

desta ventura perdí,  
que siempre andar juntos ví  
fortuna y desconfianza.

MARC. Aunque es verdad que pudiera  
hoy, por el gusto de hablaros,  
señor Lisardo, llamaros  
á mi casa, no lo hiciera,  
á no tener que reñiros  
un descuido contra mí.

LIS. Descuido contra vos?

MARC. Sí,  
de que me importa advertiros.

LIS. Si vos misma disculpais  
mi ignorancia, con que ha sido  
descuido mal advertido,  
ya importa que le digais,  
porque no vuelva á incurrir  
en lo que ignorante estoy.

MARC. A quién empezásteis hoy  
nuestro suceso á decir,  
que os estorbó una criada  
la relacion?

LIS. Ya os entiendo,  
y aunque pueda, no pretendo  
satisfaceros en nada,  
porque mujer que de mí,  
donde no soy conocido,  
tanta noticia ha tenido;  
mujer que se guarda así  
de un hombre, de quien yo soy  
amigo; mujer, que tiene  
criada en su casa, que viene  
con las nuevas que le doy...  
harto callando le digo,  
harto conirme le muestro,  
porque antes que galan vuestro  
fui de D. Félix amigo.

MARC. Habeis sin duda pensado,  
por las nuevas que yo os doy,  
que dama de Félix soy,  
pues estais muy engañado;  
y esto me habeis de creer,  
si algo cree quien dice que ama,  
que no solo soy su dama,  
mas que no lo puedo ser.

LIS. Si los principios negais,

mal argumento teneis.

De quién mi nombre sabeis,  
y de mí informada estais?

De quién, pues, habeis sabido  
(decir puedo en un momento)  
lo que en su mismo aposento  
á los dos ha sucedido?

MARC.

Para que aquí se concluya  
lo que á dudar os obliga,  
sabad que yo soy amiga  
de una hermosa dama suya.  
Esta, hablando, pues, conmigo  
en Félix, nuevas me dió  
de vos, porque en vos habló  
como de Félix amigo;  
y aunque él es tan caballero,  
en nadie un secreto cupo  
mejor, que en quien no le supo;  
y así suplicaros quiero  
que á D. Félix no le deis,  
señor, más señas de mí,  
ni le digais que yo os ví,  
ni que mi casa sabeis,  
porque me van, en rigor,  
á una sospecha creida,  
hoy por lo menos la vida,  
y por lo mas el honor.

LIS.

Bien pensareis que ha cesado  
de mis dudas la razon,  
y antes mayor confusion  
es la que me habeis dejado,  
porque si no sois...

## ESCENA V.

CELIA, *despues* LAURA.—*Dichos.*

CEL.

Señora.

MARC.

Qué hay, Celia?

CEL.

Que mi señor

viene por el corredor.

MARC.

(*A Celia.*) Esto me faltaba ahora.  
Podrá salir?

CEL.

No, que viene  
por la puerta que él entró,

y saber que hay otra no  
es posible, ni conviene.  
Hasta aquí entra ya.

LIS. Qué haré?

CEL. Esconderos es forzoso  
en esta cuadra.

LIS. Dudoso  
estoy.

MARC. Presto, que si os ve...

LIS. Vive Dios, que estoy perdido!

(*Escóndese en un aposento.*)

(*Sale Laura.*)

MARC. Cercada de penas muero.

LAUR. Ves, Marcela? En el primero

hurto al fin nos han cogido.

En buena ocasion me has puesto!

MARC. Quién pudiera prevenir  
que ahora hubiese de venir  
Tu padre?

## ESCENA VI.

FABIO.—*Dichas.*

FAB. Celia, qué es esto?

Esta puerta, cuándo abierta  
sueles, por dicha, tener?

LAUR. Vinome Marcela á ver,  
y por estar esa puerta  
la mas cerca de una casa  
adonde ella estaba, yo  
la hice abrir; por ella entró,  
y quedóse así; esto pasa.

FAB. Perdonad, bella Marcela,  
que como la luz del dia  
ya se va á poner, no os via.

LAUR. (*Ap.*) Gran daño el alma recela!

CEL. (*Ap.*) Qué confusion!

SILV. (*Ap.*) Qué temor!

MARC. Yo, habiendo ahora sabido  
la tristeza que ha tenido  
Laura, me trajo mi amor  
á verla, y ver si merezco  
de sus penas consolar  
la tristeza y el pesar.

(*Vase.*)

LAUR. Son tantas las que padezco,  
que me añade mas dolor  
el remedio prevenido,  
y antes pienso que has venido  
á hacérmele tú mayor,  
que crece con el remedio  
este accidente.

FAB. No sé  
qué te diga, ni sabré  
hallar á tus males medio.—  
Hola, traed luces aquí.

### ESCENA VII.

CELIA, con luces que pone sobre un bufete; HERRERA.—  
*Dichos.*

CEL. Ya aquí las luces están.  
HER. Las ocho y media serán.  
Habemos de irnos de aquí  
esta noche, pues que ya  
ha anochecido, señora.  
No es de recogernos hora?

MARC. Pena el dejarte me da,  
Laura, con este cuidado; *(Ap. á ella.)*  
pero escusarle no puedo.

LAUR. Yo, en fin, á pagar me quedo  
las culpas que no he pecado.

MARC. Qué puedo hacer? *(Ay de mí!)*  
Dame licencia.

FAB. Yo iré  
sirviéndoos.

MARC. No hay para qué  
me trateis, señor, así.  
Quedad con Dios.

LAUR. *(Ap. á Marcela.)* Mejor es  
dejarle ir, para que pueda  
irse este hombre que aquí queda.  
Yo tengo de ir con vos.

FAB. Pues  
MARC. me honrais tanto, replicar  
á vuestra gran cortesía,  
pareciera grosería.

FAB. La mano me habeis de dar.  
MARC. Sois tan galan, que no puedo



negarós ese favor.

(*Vanse Fabio, Marcela, Herrera y Silvia.*)

## ESCENA VIII.

LAURA, CELIA.

LAUR. Hay, Celia, pena mayor  
que la pena con que quedo?  
Quién creera, que yo encerrado  
aquí tengo un hombre que  
no conozco? Y si me ve,  
quedará desengañado  
de que Marcela no ha sido  
el dueño de aquesta casa.

CEL. Todo cuanto aquí nos pasa,  
fácil enmienda ha tenido  
con irse ahora mi señor,  
retírate tú de aquí;  
yo le sacaré de allí  
sin que pueda del error  
en que está, desengañarse;  
pues él sin veros se irá,  
ni á tí ni á Marcela.

LAUR. Ya  
solo falta efectuarse.  
La puerta abre; mas detente,  
que parece que he sentido  
en esta sala ruido.

CEL. Ya es otro el inconveniente.

## ESCENA IX.

D. FELIX. — LAURA, CELIA.

FEL. Apenas la sombra fria  
tendió, Laura, el manto negro,  
capa de noche que viste  
para disfrazarse el cielo,  
cuando á tu puerta me hallaron  
las estrellas, que el deseo  
tanto anticipa las horas,  
que á verte á estas horas vengo  
haciendo tiempo en tu calle,

porque no se pierda el tiempo.  
Vi que mi hermana salia  
de tu casa, y advirtiendome  
que tu padre la acompaña,  
á entrar hasta aquí me atrevo,  
porque las paces de hoy  
me tienen con tal contento,  
que no quise dilatar  
solo un instante, un momento  
el verte desenojada.

LAUR. Pues no haces bien, si es que advierto,  
que un enojo apenas quitas,  
cuando otro vas disponiendo.  
Tanto podia tardar  
(Ap. Apenas á hablarle acierto)  
en recogerse la casa,  
que temerario y resuelto  
te entras aquí, sin mirar  
que ha de volver al momento  
mi padre?

FEL. Solo he querido  
que sepas, Laura, que espero  
en la calle á que sea hora  
para hablarte, porque luego  
no digas que de otra parte  
vengo, cuando á verte vengo.  
En la calle, pues, estoy.

LAUR. Eso sí, vuélvete presto,  
que al punto que se recoja  
mi padre, hablarnos podremos  
mas despacio. No me tengas  
con tanto susto, que creo  
que sospechoso (ay de mí!)  
está ya del amor nuestro;  
tanto, que á esa puerta falsa  
la llave ha quitado (Ap. Esto  
digo por asegurar  
el paso al que está acá dentro),  
y anda todos estos dias  
á casa yendo y viniendo.

FEL. Por quitarte ese temor,  
me voy, y en la calle espero.  
FAB. (Dentro.) Hola, bajad una luz.  
LAUR. El viene ya.

CEL. Dicho y hecho.  
(Toma Celia una luz, y vase.)

- FEL. Si de esotra puerta dices  
que quitó la llave, es cierto  
que no hay por dónde salir;  
y así en aqueste aposento  
me escónderé.  
(*Va á entrar donde está Lisardo, y se pone  
delante Laura.*)
- LAUR. Aguarda, espera,  
que no has de entrar aquí dentro.
- FEL. Por qué?
- LAUR. Porque siempre aquí  
está mi padre escribiendo  
mucho parte de la noche.
- FEL. Vive Dios, que no es por eso!  
Porque al entreabrir la puerta  
he visto un bulto allá dentro.
- LAUR. Mira...
- FEL. Aquí, qué hay que mirar?
- LAUR. Advierte...
- FEL. Ya nada temo.
- LAUR. Que entra ya mi padre.
- FEL. Ay triste,  
en qué gran duda estoy puesto!  
Si aquí hago alboroto, á Fabio  
de sus ofensas advierto;  
si callo, sufro las mias.

## ESCENA X.

FABIO.—*Dichos.*

- FAB. Vos aquí, Félix! qué es esto?
- LAUR. Mira, por Dios, lo que haces;  
(*Ap. á D. Félix.*)  
pues en quien es caballero,  
el honor de las mujeres,  
siempre ha de ser lo primero.
- FEL. (*Ap. Es verdad; disimular  
tomo por mejor acuerdo,  
si celos se disimulan.*)  
Buscando á mi hermana vengo, (*A Fabio.*)  
que me dijeron que aquí  
estaba.
- FAB. Ya yo la dejo  
en su casa, y vengo ahora

- LAUR. de servirla de escudero.  
Eso es lo mismo que yo  
le estaba, señor, diciendo.
- FEL. Dios os guarde por la honra  
que á mi hermana le habeis hecho.
- FAB. Ella os espera ya en casa.
- FEL. (Ap. No sé (ay Dios!) lo que hacer debo.)  
Estarme aquí, es necedad;  
irme, si aquí un hombre dejo,  
es desaire; alborotar  
aquesta casa, desprecio;  
pues esperarle en la calle,  
si hay dos puertas, cómo puedo  
yo solo? Oh, quién á Lisardo,  
que es mi amigo verdadero,  
consigo hubiera traido!  
Mas ya he pensado el remedio.)  
Quedad con Dios.
- FAB. El os guarde.
- FEL. (Ap.) Hoy he de ver, vive el cielo!  
si es verdad que la fortuna  
ayuda al atrevimiento.  
(D. Félix se va muy aprisa; Fabio llega  
hasta la puerta con él, y Celia despues toma  
una luz y se va; Fabio toma otra luz.)
- FAB. Alumbra, Celia, á D. Félix.  
Laura, éntrate tú acá dentro,  
que tengo que hablar á solas  
contigo.
- LAUR. (Ap.) Otro susto, cielos!  
mi padre qué me querrá?  
Laura, en qué ha de parar esto? (Vanse.)

## ESCENA XI.

CELIA, que vuelve con la luz; despues LISARDO.

- CEL. Sin esperar que bajara  
á alumbrarle, en un momento  
se me desapareció Félix.  
Bien se deja ver su intento,  
que es de dar presto la vuelta  
á la calle, mas primero  
que él llegue, ya habrá salido  
estotro, que en su aposento

está mi señor con Laura.  
No hay que esperar. Caballero, (A Lis.)  
en gran confusion estamos  
por vos. (Sale Lisardo.)

LIS. Ya sé lo que os debo,  
que aunque he entendido muy poco  
del caso, porque aquí dentro  
llegaban muertas las voces,  
he entendido por lo menos  
los empeños de esta casa.  
CEL. Vamos de aquí.

LIS. Vamos presto.  
CEL. (Ap. Salga él una vez de casa,  
y mas que sucedan luego  
muertes de hombres en la calle.)  
(Apaga la luz, y vase con él.)

## ESCENA XII.

D. FELIX; despues LAURA.

FEL. En un esconce pequeño  
que hace la escalera, antes  
que la luz bajara, muerto  
de celos y de desdichas,  
pude quedarme encubierto.  
Poco lugar han tenido  
de echar á este hombre, y no creo  
que, sabiendo que en la calle  
estoy, se atrevan á hacerlo.  
El fin con que me he quedado,  
á mis desdichas atento,  
es de sacarle conmigo  
hasta la calle, fingiendo  
que soy criado de casa,  
y que sé todo el suceso.  
(Llégase á la puerta.)  
Esta es la puerta, y está  
abierta. Ce, caballero,  
seguidme; seguro soy.  
No me respondeis? Qué es esto?  
obligaréisme callando,  
vive Dios! á que entre dentro. (Entra.)  
(Sale Laura con luz.)  
LAUR. Nada me quería mi padre

que fuese de mas momento,  
 que decirme que mañana  
 ha de ir á un cercano pueblo,  
 adonde su hacienda tiene,  
 y yo á mis desdichas vuelvo.  
 Celia, Celia, dónde estás?  
 Pondré que se han ido huyendo  
 todos, y que me han dejado  
 en el peligro. Y es cierto,  
 pues nadie parece. Ay triste!  
 Qué he de hacer en tanto aprieto?  
 Félix estará en la calle,  
 cuando estotro está aquí dentro.  
 Pero aunque todo lo arriesgue,  
 esto ha de ser, que primero  
 soy yo. Perdone Marcela  
 esta vez. Ce, caballero,  
 á quién necia una mujer  
 en tanto peligro ha puesto,  
 no os espanteis de mirarme.  
*(Sale D. Félix embozado.)*  
 Cómo puedo, cómo puedo  
 dejar de espantarme, Laura,  
 de mirarte...

FEL.

LAUR.

FEL.

LAUR.

FEL.

LAUR.

FEL.

Ay Dios! qué veo!  
 Tan mudable...

Ay infelice!  
 Y tan falsa?

Ay Dios! qué es esto?  
 Esto es, Laura, esto es  
 (si es que yo á decirlo acierto)  
 el desengaño mayor  
 que á un hombre han dado los celos.  
 Pero miento, que no son  
 celos, sino agravios estos.  
*(Pasease, y ella tras él.)*

LAUR.

FEL.

LAUR.

FEL.

*(Ap. Yo estoy muerta!)* Félix mio,  
 mi bien, mi señor, mi dueño.  
 Mi mal, mi muerte, mi ofensa,  
 qué me quieres?

Que te quiero;  
 te quiero, no mas.

Y yo,  
 pues tú lo dices, lo creo;  
 porque no habiendo tenido  
 un hombre en este aposento;

no habiendo dicho que estaba  
cerrado el paso por esto;  
no habiendo venido tú  
á hablarme por él; no habiendo  
visto yo... Qué he de haber visto?  
Nada digo, nada entiendo.  
Mal haya yo, porque estuve  
antes á tu honor atento,  
y no!... Adios, Laura; adios, Laura.

LAUR.

Detente, porque primero  
que te vayas, has de oirme.

FEL.

Puede ser mentira esto?

LAUR.

Sí, bien puede ser mentira.

FEL.

Mentira lo que estoy viendo?

LAUR.

Qué viste?

FEL.

El bulto de un hombre,  
que estaba en ese aposento.

LAUR.

Algún criado sería.

### ESCENA XIII.

CELIA, muy alborozada.—*Dichos.*

CEL.

Señora, ya por lo menos  
nada sucederá en casa,  
que ya en la calle los dejo.  
(*Ve á D. Félix, y turbase.*)

FEL.

Mira si era algún criado.

CEL.

Pues esto agora tenemos?  
Cómo aquí?... No puedo hablar.

LAUR.

Ves, Félix, con cuánto aprieto  
se eslabonan mis desdichas?

Pues culpa ninguna tengo.

FEL.

Pues yo la culpa tendré.

LAUR.

Tanto te estimo y te quiero,  
que aun no quiero yo decirlo,  
porque te está mal saberlo.

FEL.

Qué antiguo sagrado es ese  
de un culpado, en no teniendo  
que responder! Esto en fin  
se acabó, Laura, esto es hecho.  
Adios, adios.

LAUR.

Mira...

FEL.

Suelta...

LAUR.

No has de irte así.

FEL.

Vive el cielo,  
que dé voces que despierten  
á tu padre, al mundo entero,  
diciendo quién eres!

LAUR.

Félix!

FEL.

Harás que pierda el respeto  
á tu hermosura, porque  
nadie le tuvo con celos.

(Vase.)

LAUR.

Ténle, Celia.

CEL.

Yo tenerle?

LAUR.

Pues aunque vayas huyendo,  
yo te buscaré. Ay, Marcela,  
en qué de dudas me has puesto! (Vanse.)

—  
Cuarto de Lisardo en casa de D. Félix.

## ESCENA XIV.

LISARDO, CALABAZAS.

CAL.

Señor, qué es lo que tienes?  
De dónde ó cómo á tales horas vienes?

LIS.

Ni sé de dónde vengo,  
Calabazas, ni sé lo que me tengo.

CAL.

Después de haberte ido  
sin mí (cosa que nunca ha sucedido,  
ni héchose con lacayo  
de bien), vuelves á casa como un rayo,  
casi al amanecer, descolorido,  
colérico, furioso, acontecido,  
airado...

LIS.

No me mates,  
ni empieces á decirme disparates,  
sino pon las maletas; porque luego  
me tengo de ir, y en tanto que á esto llego,  
á esotra cuadra pasa,  
mira si hablar á Félix puedo.

CAL.

En casa  
él no está, que aunque ya ha amanecido,  
creo que no ha venido  
á acostarse hasta agora.

LIS.

Feliz él, que habrá estado (quién lo ig-  
nora?)  
celebrando las paces con su dama,



que es la felicidad del que bien ama!  
Y yo, infeliz, á quien han sucedido  
tantas cosas!...

Qué han sido?

Oye, porque me dejes,  
con condicion que luego no aconsejes.

Llamóme por un papel  
aquella dama tapada,  
á que en su casa la viese.

A verla fui, y la criada  
por un jardin me guió,  
hasta que llegué á una sala  
de estrado, donde la misma  
que vi en las huertas, estaba  
tan bella como entendida;  
esto, que te diga, basta.

Muy á los primeros lances,  
me dió á entender enojada  
no sé bien qué quejas, cuando  
su padre á la puerta llama.

Métenme en un aposento,  
donde, despues de pasadas  
algunas conversaciones,  
de quien poco entendí ó nada  
(porque, como retirado  
estaba á puerta cerrada,  
llegaban á mi confusas  
las voces sin las palabras),  
la puerta un hombre entreabrió;  
la capa tercié y la espada  
empuñé, y al mismo instante  
me volvieron á cerrarla

por de fuera, sin poder  
ver el talle ni la cara  
del hombre. De allí á otro rato  
triste, confusa y turbada,  
otra moza me sacó

hasta la calle, con varias  
prevenciones de que Félix  
no supiera desto nada.

Yo, pues, cercado de dudas  
y de sospechas contrarias,  
estoy sin saber qué hacerme  
en confusion tan estraña;  
porque si á Félix le callo  
el lance, ya acreditada

la sospecha de que ha sido  
dama suya, será ingrata  
correspondencia, que él tenga  
á su enemigo en su casa;  
si se lo digo, y no es  
su dama, sino otra dama  
que de mí se fia, el decirlo  
es de mi nobleza infamia.  
Y así entre hablar y callar,  
la opinion mas acertada  
es, pues dos daños me embisten,  
volver á los dos la espalda.  
Así con esto á D. Félix  
no ofende lo que se calla.  
ni lo que se dice ofende  
á la mujer. Luego trata  
de poner toda la ropa,  
que antes que amanezca el alba,  
con ocasion de que ya  
hecha mi consulta baja,  
de Ocaña me tengo de ir,  
aunque me deje en Ocaña  
en un ingenio la vida,  
y en una hermosura el alma.  
Honrada resolucion!

CAL.

LIS.

Porque apruebas y no cansas,  
toma aquel vestido que hice  
de camino, Calabazas.

CAL.

Tus manos, señor, te beso  
de resultas de las plantas,  
no tanto por el vestido,  
aunque es dádiva estremada,  
como por dármele hecho;  
y en tanto que se levanta  
quien la ropa me ha de dar,  
escúchame en dos palabras  
lo que hecho un vestido ahorra.  
(*Mudando voces.*)

—Señor maestro, cuántas varas  
de paño son menester  
para mí?—Siete y tres cuartas.

—Con seis y media le hace  
Quiñones.—Pues que le haga;  
mas si él saliere cumplido,  
yo me pelaré las barbas.

—Qué tafetan?—Ocho.—Siete

han de ser.—No quite nada  
de siete y media.—Ruan?  
—Cuatro.—No.—Si un dedo falta,  
no puede salir.—De seda?  
—Dos onzas, treinta de lana.  
—Bocaci á los bebederos?  
—Media vara.—Angeo?—Otra tanta.  
—Botones?—Treinta docenas.  
—Treinta?—Habr  mas de contarlas?  
Cintas, faltriqueras, hilos;  
vamos con todo esto   casa.  
Junte su merced los pies,  
ponga derecha la cara,  
tienda el brazo.—Seor maestro,  
son matachines?—Qué gracia  
har  el calzon!—Oye usted,  
la ropilla ancha de espaldas,  
derribadica de hombros,  
y redondita de falda.  
—Frisa para las faldillas  
haber sacado nos falta.  
—P ngala usted!—Que me place.  
Ah! sí; esto se me olvidaba;  
entretelas.—Deste viejo  
ferreruelo me las haga.  
—Voy   contarlo al momento.  
—Cuándo vendr  esto?—Mañana  
  las nueve.—La una es;  
oh cuánto este sastre tarda!  
—Seor maestro, todo el día  
me ha tenido usted en casa.  
—No he podido mas, que he estado  
acabando unas enaguas,  
que, como mil paños llevan,  
no fué posible acabarlas.  
—Ah! caballero, muy seca  
est  esta obra.—Remojarla.  
—Angosto vino el calzon.  
—De paño es, no importa nada,  
que luego dará de sí.  
—Esta ropilla est  ancha.  
—No importa nada, es de paño,  
que ella embeber  (así basta,  
que los paños dan y embeben  
como el sastre se lo manda).  
—El ferreruelo est  corto.

—Más de media liga tapa,  
y ahora no se usan largos.  
—Qué se debe?—Poco ó nada;  
veinte del calzon, y veinte  
de la ropilla y sus mangas,  
diez del ferreruelo, treinta  
de los ojales... y tantas  
impertinencias, que, en fin,  
que me venga ó que me vaya,  
quien me da un vestido hecho,  
me da la mejor alhaja.

A componer voy las tuyas;  
aquí gloria y despues gracia.

(Vase.)

Lis.

Qué locuras! Quién tuviera  
tu alegría, y no llegara  
hoy á sentir los estremos  
de tantas penas, de tantas  
confusiones y sospechas!  
Válgate Dios por tapada,  
toda misterios y toda  
prevenciones, sin que haya  
nunca visto la verdad!

(Vuelve Calabazas.)

CAL.

Ya le dije á una criada  
que me sacase la ropa,  
porque hoy nos vamos á Irlanda.

Lis.

En efecto, me destierran,  
antes de tiempo, de Ocaña,  
tramoyas de una mujer.

## ESCENA XV.

MARCELA, con manto, SILVIA, sin él, y quedan á la puerta.  
Dichos.

SILV.

Mira á qué te atreves.

MARC.

Nada

me digas, porque no estoy  
para escucharte palabra.  
Que hoy se va, no dices?

SILV.

Sí.

MARC.

Pues, Silvia, de qué te espantas  
que haga locuras mi amor?  
Sin duda le dijo Laura  
quién soy, y de mí va huyendo.

SILV. Pues si esto temes, qué tratas?

MARC. Hablarle ya claramente,  
que puesto que á esta hora falta  
mi hermano, ya no vendrá,  
hasta que le lleven capa  
y valona, ó sea de noche.  
Tú, Silvia, á esa puerta aguarda.  
(*Vase Silvia.*)

LIS. Mira si ha venido Félix.

CAL. Félix no, pero la dama  
tapada sí que ha venido.  
LIS. Qué dices?

CAL. *Ecce quam amas.*

MARC. Señor Lisardo, no sé  
que sea accion cortesana  
el iros sin despediros  
hoy de una mujer que os ama.  
LIS. Tan presto tuvisteis nueva  
de mi partida?

MARC. Las malas  
vuelan mucho.

CAL. (*Ap.*) Vive Dios,  
que con los demonios habla!  
Si es Catalina de Acosta,  
qué anda buscando su estatua?  
MARC. En fin, os vais?

LIS. Sí, y huyendo  
de vos, que vos sois la causa.

MARC. De eso infiero que sabeis  
ya quién soy (*estoy turbada!*);  
y si el haberlo sabido  
anticipa la jornada,  
id con Dios; pero advirtiéndome  
que fué en mí y en vos la causa  
imposible de decirla,  
é imposible de callarla.

LIS. No os entiendo, pues no sé  
de vos (*esta es verdad clara*)  
mas de lo que sé de vos:  
y antes la desconfianza  
que haceis de mí, es quien me mueve  
á irme. (*Mira Calabazas á dentro.*)

CAL. Ce; por la sala  
entra D. Félix.

MARC. Ay triste!

LIS. Qué os turba? Qué os embaraza?

Conmigo estais.

MARC.

Es verdad.

Mas puesto que mis desgracias  
unas con otras tropiezan,  
y tan en mí alcance andan,  
sabed, que yo soy... No puedo,  
no puedo hablar mas palabra,  
que entra ya. Mi vida está  
en vuestras manos, guardadla,  
que yo aquí me escondo. (Escóndese.)

LIS.

Cielos,

sacadme de dudas tantas!  
Ella es su dama sin duda,  
pues que tanto del se guarda.

## ESCENA XVI.

D. FELIX, LISARDO, MARCELA, *escondida*.

FEL.

Lisardo.

LIS.

Qué hay, qué traeis,

D. Félix?

FEL.

Traigo un pesar,  
y véngole á consolar  
con vos, que me aconsejeis.

LIS.

Cuando por haber faltado  
de casa... Vete de aquí.

(*A Calabazas. Vase.*)

Toda la noche, creí  
que habíades celebrado  
las paces con vuestra dama;  
al amanecer venís  
con el pesar que decís?

FEL.

Sí, que un mal á otro mal llama.  
Ay Lisardo! bien dijistes,  
cuando hablásteis de los celos,  
que sus mortales desvelos,  
y que sus efectos tristes,  
eran tan otros tenidos  
que dados, cuanto se ofrece  
entre quien hace y padece,  
pues padecen mis sentidos  
el daño que antes hicieron.  
Oh quién un siglo los diera,  
y un punto no los tuviera!

LIS. Pues cómo ó de qué nacieron?  
(Ap. Vive Dios! que él ha seguido  
esta dama, y que sus celos  
son de mí y della.)

MARC. (Ap.) Los cielos  
den mis penas á partido.

FEL. Muy rendido ayer llegué,  
donde (ay de mí!) satisface  
con los extremos que hice,  
las lágrimas que lloré,  
las mal fundadas sospechas  
que de mí (ay cielos!) tenia  
la hermosa enemiga mia;  
y cuando ya satisfechas  
estaban, y yo esperaba  
de los sembrados rigores  
coger el fruto en favores,  
de la calle en que aguardaba  
entré á verla muy contento;  
y porque fué fuerza así,  
un aposento entreabri  
(mal haya mi sufrimiento),  
y en él (qué torpes desvelos!)  
el bulto de un hombre ví.

LIS. (Ap.) Esto es lo que anoche á mí  
me pasó, viven los cielos!

FEL. Oh mal haya yo, porque,  
aunque su padre viniera,  
y aunque su honor se perdiera,  
á darle muerte no entré!  
Quedarme pude escondido,  
con ánimo de volver  
á buscar el hombre, y ver  
quién era.

LIS. Habéislo sabido?

FEL. No, porque ya una criada  
le habia sacado de allí.  
Tras él al punto salí,  
pero no pude hallar nada.  
Así hasta el mediodía  
toda la mañana he estado  
(mirad qué necio cuidado!)  
pensando que volveria.  
Ved si habrá en el mundo quien  
tenga el valor que yo tengo,  
pues hoy aquí á tener vengo

- LIS. celos, sin saber de quién.  
(Ap.) En este punto creí  
todo cuanto imaginé;  
la dama esta dama fué,  
y yo el encerrado fui.  
Las señas son; mas supuesto  
que él no sabe que fui yo,  
ni que ella aquí se ocultó,  
ponga fin á todo esto  
mi ausencia, puesto que así  
todo el silencio lo sella,  
pues no sabrá agravios della,  
ni tendrá quejas de mí.
- FEL. Agora suspenso estais?  
Cómo no me respondeis?
- LIS. Como admirado me habeis,  
aun mas de lo que pensais.
- FEL. Qué puedo hacer?
- LIS. Olvidar.
- FEL. Ay, Lisardo, quién pudiera!
- CAL. (A la puerta.) Señor, una dama ahí fuera  
dice que te quiere hablar.
- FEL. Ella es, que habrá venido  
á verme. Yo no he de vella.
- LIS. Mirad primero si es ella.

## ESCENA XVII.

LAURA, tapada.—Dichos.

- FEL. No he de haberla conocido?  
Ella es, que en conclusion,  
querrá agora que yo crea  
que todo mentira sea.
- LIS. (Ap) Ya es otra mi confusion;  
si esta es la que Félix ama,  
y dentro en su casa vió  
un hombre. y este fui yo,  
quién es, quién, estotra dama?
- LAUR. Lisardo, por caballero  
os ruego que os ausenteis,  
y con Félix me dejeis,  
porque hablar con Félix quiero.
- FEL. Quién te ha dicho que querrá  
el Félix hablarte á tí?



LAUR.

Dejadnos solos.

LIS.

Por mí

obedecida estais ya.

(Ap. Fuerza es dejar encerrada

la otra dama hasta despues,

y estar á la vista. Nada

tengo ya que temer, pues

no es su dama mi tapada.)

(Vanse Calabazas y Lisardo.)

## ESCENA XVIII.

LAURA y D. FELIX; MARCELA, escondida.

LAUR.

Ya que estamos los dos solos,

D. Félix, y que podré

decir á lo que he venido,

escúchame.

FEL.

Para qué?

Ya sé que quieres decirme

que ilusion, que engaño fué

cuanto allí ví y cuanto oí;

Y si esto en fin ha de ser,

ni tú tienes qué decir,

ni yo tengo qué saber.

LAUR.

Y si nada de eso fuese,

sino todo eso al revés?

FEL.

Cómo?

LAUR.

Escucha, oiráslo.

FEL.

Iráste

si te escucho?

LAUR.

Sí.

FEL.

Dí, pues.

(Asómase Marcela.)

LAUR.

Negarte que estaba un hombre

en mi aposento...

FEL.

Deten.

Y es estilo de obligar,

modo de satisfacer,

decirme, cuando esperaba

un rendimiento cortés,

una disculpa amorosa,

confesar la ofensa? Ves

cómo otra vez la repites,

porque la sienta otra vez?

LAUR. Si no me oyes hasta el fin...  
MARC. (Ap.) Quién vió lance mas cruel!  
FEL. Qué he de escuchar?

LAUR. Mucho.  
FEL. Iráste  
si te escucho?

LAUR. Sí.  
FEL. Di, pues.

LAUR. Negarte que estaba un hombre  
en mi aposento, y tambien  
que Celia le abrió la puerta,  
no fuera justo, porque  
negarle á un hombre en su cara  
lo mismo que escucha y ve,  
es darle á un desesperado,  
para consuelo, un cordel;  
mas pensar tú que fué agravio  
de tu amor y de mi fé,  
es pensar que cupo mancha  
en el puro rosicler  
del sol, porque con mi honor  
aun es sombra todo él.

FEL. Pues quién aquel hombre era?  
LAUR. No puedo decirte quién.  
MARC. (Ap.) Quién vió confusion igual!  
FEL. Por qué?

LAUR. Porque no lo sé.  
FEL. Qué hacia escondido allí?  
LAUR. No lo sé tampoco.

FEL. Pues  
dónde la satisfaccion  
está?

LAUR. En no saberlo.  
FEL. Bien!

No saberlo es la disculpa,  
la culpa el saberlo es;  
pues cómo quieres que venza  
lo que sé á lo que no sé?  
Laura, Laura, no hay disculpa.

LAUR. Félix, Félix, déjame,  
que, aunque lo puedo decir,  
tú no lo puedes saber.

FEL. Otra vez me has dicho ya  
(baldon ó despecho fué)  
eso mismo, y vive Dios!  
de no escucharlo otra vez;

porque aquí me has de decir  
la verdad desto...

MARC.

(Ap.) Qué haré?

Que, por disculparse á sí,  
me ha de echar á mí á perder!

FEL.

Que nada me está peor  
que el pensarlo.

LAUR.

Sí diré.

MARC.

(Ap. No dirás, porque primero,  
tus voces estorbaré  
con esta resolución.

Amor ventura me dé,  
como me dá atrevimiento.)

(Pasa por delante tapada, como jurándosela  
á D. Félix; él quiere seguirla, y Laura le  
destiene.)

Solo esto he querido ver.

## ESCENA XIX.

LAURA, FELIX.

FEL.

Qué mujer es esta?

LAUR.

Hazte

de nuevas.

FEL.

Déjame que

la siga y la reconozca.

LAUR.

Eso querrias tú, porque  
pudieras desenojarla,  
diciéndole á ella despues  
que me dejaste por ir  
tras ella! Pues no ha de ser.

FEL.

Laura mia, mi señora,  
el cielo me falte, amén,  
si sé qué mujer es esta.

LAUR.

Yo sí, yo te lo diré;  
Nise era, que al pasar,  
yo la conocí muy bien.

FEL.

Ni era Nise, ni sé yo  
cómo estaba aquí.

LAUR.

Muy bien;

la disculpa es no saberlo,  
la culpa el saberlo es!  
Pues cómo quieres que venza  
lo que sé á lo que no sé?

Adios, Félix.

FEL. Si no basta  
el desengaño que ves,  
cómo quieres que yo crea  
lo que tú, Laura, no crees?

LAUR. Porque yo digo verdad,  
y soy quien soy.

FEL. Yo tambien  
y ví en tu aposento un hombre.

LAUR. Yo en el tuyo una mujer.

FEL. No sé quién fué.

LAUR. Yo tampoco.

FEL. Sí supiste, Laura, pues  
ya me lo ibas á decir.

LAUR. Ya, sin decirlo, me iré,  
por no dar satisfacciones  
á un hombre tan descortés.

FEL. Mira, Laura...

LAUR. Suelta, Félix.

FEL. Vete, que es cosa cruel  
haber de rogar quejoso.

LAUR. Quédate, que es rabia haber  
de llevar traiciones, cuando  
finezas vine á traer.

FEL. Yo bien disculpado estoy.

LAUR. Si á eso vamos, yo tambien.

FEL. Pues ví en tu aposento un hombre.

LAUR. Yo en el tuyo una mujer.

FEL. Si esto, cielos, es amar...

LAUR. Si esto, fortuna, es querer...

LOS DOS. Fuego de Dios en el querer bien!  
Amén. Amén.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

---

## JORNADA TERCERA.

---

Cuarto de Marcela.

### ESCENA PRIMERA.

MARCELA, SILVIA.

SILV.  
MARC.

Grande atrevimiento fué.  
Como perdida me vi,  
cuando yo á Laura escuché  
que iba á descubrir allí  
cuanto en su casa pasé,  
estorbar la relacion  
quise con tan loca accion,  
que, ya preciso un pesar,  
algo se ha de aventurar.  
Así es verdad.

SILV.  
MARC.

La razon  
que me animó mas, fué ver  
á Lisardo, que esperaba  
mas afuera, al parecer,  
en que el suceso paraba  
de su encerrada mujer;  
y como yo lo sabia,  
no temí la empresa mia;  
pues, á no suceder bien,  
ya en Lisardo al menos quien  
me defendiese tenia;  
y en fin, ello sucedió  
mejor que esperaba yo;  
pues yo á mi cuarto pasé,  
y en los celos que dejó  
el lance se barajó  
de suerte, que ni Lisardo

se empenñó por mi gallardo,  
ni Laura el caso contó,  
ni Félix me conoció,  
ni ye mayor susto aguardo.  
SILV. Digo que fué extraño cuento,  
y si escarmiento ha dejado,  
será de mas fundamento.  
MARC. Pues cuándo dejó escarmiento,  
Silvia, un peligro pasado?  
Antes el haber salido  
deste tan bien, me ha movido  
á pensar cómo pudiera  
ser que Lisardo volviera  
á verme.  
SILV. Oye, que hacen ruido.

## ESCENA II.

D. FELIX, *por la puerta escondida.*—*Dichas.*

FEL. Marcela.  
MARC. Qué novedad  
es entrar tú en mi aposento?  
FEL. Es venir mi voluntad  
por luz á tu entendimiento,  
por consuelo á tu piedad.  
Anoche, cuandó saliste  
de ver á Laura, yo entré  
en su casa (ay de mí triste!),  
y ví en su casa, y hallé...  
MARC. Dí, qué hallaste? dí, qué viste?  
FEL. Un hombre.  
MARC. Tal pudo ser?  
FEL. Vínome á satisfacer;  
una mujer que salió  
de mi alcoba, lo estorbó...  
MARC. Miren la mala mujer!  
FEL. Que con Lisardo debía  
de estar. El, cuerdo y discreto,  
presumiendo que ofendia  
de mi casa así el respeto,  
dice que tal no sabia.  
En fin, sea lo que fuere  
(que no hay nadie que lo diga),  
celosa Laura, no quiere

que desengaños consiga,  
ni que disculpas espere.  
Yo, por no dar á torcer  
tampoco mi sentimiento,  
no la quiero hablar ni ver;  
pero quisiera saber  
hasta el menor pensamiento  
suyo. Para esto ha pensado  
una industria mi cuidado.

MARC.

Y es, si me la has de decir?

FEL.

Que tú, hermana, has de fingir  
que un gran disgusto, un enfado  
conmigo has tenido, y que  
en tanto que esto se pasa,  
te quieres ir á su casa;  
y así un espía tendré  
para el fuego que me abrasa;  
pues tú á la mira estarás,  
y á pocos lances, verás  
quién este embozado es,  
y con secreto despues  
de todo me avisarás.

MARC.

Aunque hay bien que replicar,  
hoy me iré á su casa.

FEL.

No

puede hoy ser, que por mostrar  
cuán poco mi mal sintió,  
ó por darme este pesar,  
hoy de su casa ha salido,  
y al mar de Antígola ha ido.

MARC.

Pues digo que iré mañana.

FEL.

La vida me das, hermana;  
tuya desde hoy habrá sido.

MARC.

Hay cosa, como llegar

rogándome lo que yo

puedo, Silvia, desear?

Pero mira quién se entró

en el cuarto sin llamar.

SIL.

Laura y Celia son, señora.

(Vase.)

### ESCENA III.

LAURA, CELIA.—MARCELA, SILVIA.

MARC.

Laura mia, á aquesta hora!

L. AUR.

No te espantes desto, amiga,

MARC. que á tanto una pena obliga.  
LAUR. Quién lo duda? Quién lo ignora?

LAUR. De la suerte que de mi  
te fuiste ayer á valer,  
vengo á valerme de ti.

CEL. Aprended, damas, de aquí,  
lo que va desde hoy á ayer.

LAUR. Aquel hombre que dejaste  
cerrado, Marcela mia,  
en mi casa, vió D. Félix.  
Jesus!

MARC.

LAUR. No importa que diga  
el cómo ó el cuándo, puesto  
que bastaba ser desdicha,  
para que ella se estuviese  
desde luego sucedida.  
Quísele satisfacer,  
y vine á tu casa, amiga,  
sin mirar á los respetos  
á que el ser quien soy me obliga.  
Entré en su aposento, y cuando  
á representarle iba  
disculpas, que no tocasen  
en tu opinión ni en la mia,  
una mujer, que detrás  
de su aposento tenia,  
y que era sin duda Nise...

MARC. Quién duda que ella seria?

LAUR. Salió á dar celos por celos.

MARC. Hay tan gran bellaquería!  
Y qué hizo Félix á eso?

LAUR. El, aunque quiso seguirla,  
yo no le dejé. En efecto,  
las dos quejas repetidas,  
ni las tuyas quise oír,  
ni él saber quiso las mías.  
Por mostrar que estaba (ay cielos!)  
gustosa y entretenida,  
(oh, cuán á costa del alma,  
Marcela, un triste se anima!)  
Al mar de Antígola hoy  
salí con unas amigas,  
donde, aunque debió alegrarme  
su hermosa apacible vista,  
no pudo, que para mí  
ya se murió la alegría;



tanto, que ni el ver la reina  
(que infinitos siglos viva,  
para que flores de Francia  
nos den el fruto en Castilla),  
cómo en su verde carroza,  
que caballos del sol tiran,  
varado bajel de tierra  
llegó á abordar á la orilla;  
ni el ver tan ufano entonces  
ese breve mar, que imita  
del Océano las ondas  
encrespadas y movidas  
de los céfiros suaves,  
cuando al mirar quien las pisa,  
como plata las entorcha,  
y como vidrio las riza;  
ni el ver que ya el bergantin,  
coche del mar, pues le guian,  
como caballos, los remos,  
á quien el freno registra  
de un timon, abrió el estribo  
de su hermosa barandilla,  
para que su popa ocupe,  
para que su esfera admita  
un sol, á quien hizo guarda  
no menos que el alba misma;  
ni el ver las hermosas damas,  
que como flores seguian  
la rosa, bien así como  
tejido coro de ninfas,  
en las selvas de Diana  
profanas fábulas pintan;  
ni el ver, en fin, que tan bello  
ya el bajel bogando iba  
el piélago de cristal,  
que al acercarse á la isla  
del cenador, que con tantas  
flores el estanque habita,  
no pudo determinar  
desde aparte, no, la vista,  
cuál el bergantin, ó cuál  
era el cenador, pues via  
flores en cualquiera tantas,  
que unas á otras competidas,  
naval batalla de flores  
se dieron muertas y vivas,

me pudo aliviar; pues toda  
esta pompa hermosa y rica,  
en los cristales bullicio,  
en las flores alegría,  
en los vientos suavidad,  
en las hojas armonía,  
en las damas hermosura  
y en todos los campos risa,  
llanto fué, llanto en mis ojos,  
celosa de Félix. Mira,  
si á quien esto no divierte,  
bastantemente peligra.  
Yo no he de hablarle, porque  
es triste cosa, es indigna  
accion darle yo á torcer  
mis celos, y así querría  
de una industria aquí valerme,  
si es que mi amistad codicias;  
y es, que para que yo vea  
si Nise en su cuarto habita,  
le he de acechar esta noche  
por aquella puerta, amiga,  
que dijiste, y que á su cuarto  
cae y él tiene escondida.  
Cómo faltar de mi casa  
podré? es fuerza que aquí digas;  
y responderéte yo  
que hoy mi padre fué á una villa,  
adonde su hacienda tiene,  
y no vendrá en cuatro dias.  
Así que estas noches puedo  
ser tu huésped, si obliga  
mi amistad á esta fineza;  
pues es fineza de amiga  
tan principal, tan discreta,  
tan noble y tan entendida.  
Cómo te podré negar,  
Laura, lo que solicitas,  
si con mi razon me arguyes,  
si con mi dolor me obligas?  
Solo hay un inconveniente;  
mas si tú lo facilitas,  
ven desde luego á mi casa;  
mal dije, á la tuya misma.  
Cuál es el inconveniente?  
Tanto mi hermano te imita

MARC.

LAUR.  
MARC.

en el dolor y en la causa  
(no importa que te lo diga;  
primero somos nosotras),  
que hoy me ha pedido que finja  
con él un enojo, y vaya  
á ser por algunos dias  
tu huésped, porque yo  
allá de adalid le sirva.  
Pues si no voy á tu casa  
yo, porque estás tú en la mia,  
dirá...

LAUR. Escucha; antes mejor  
es que desde luego finjas  
tú el enojo, y que te vayas,  
pues con aquesto le obligas  
á que él esté mas seguro  
de que yo en su casa asista.

MARC. Dices bien, que con mi ausencia  
se sana esta malicia.

LAUR. Cómo se ha de hacer?

MARC.

Así:

dame el manto, y dirás, Silvia,  
que fui en casa de Laura;  
que para hacer mas creída  
la causa, quise ir de noche.  
(*Pónese el manto.*)

Y despues (aparte mira)  
busca á Lisardo. y dirásle  
como mi afecto le avisa  
que á verme vaya esta noche;  
y quédate donde sirvas  
á Laura. Tú, Celia, ven  
conmigo, pues nos obliga  
esto á trocar con las casas  
las criadas.

LAUR.

Tan aprisa?

MARC.

Estas cosas más se aciertan  
mientras menos se imaginan.

LAUR.

Marcela, á mi casa vas;  
por ella y por mi honor mira.

MARC.

Por ella mira y mi honor,  
pues te quedas tú en la mia.  
En qué ha de parar aqueste  
trueco?

CEL.

Quieres que lo diga?  
En algun lance que á todas,

ó nos case, ó nos aflija.

(*Vanse por una parte Celia y Marcela, y por otra Silvia y Laura.*)

—

Cuarto de Lisardo.

## ESCENA IV.

LISARDO, CALABAZAS.

LIS. Qué papel es ese?  
CAL. Es  
el que ha de ser, es y ha sido,  
del tiempo que te he servido,  
cuenta estrecha.

LIS. Díme, pues  
á qué propósito agora?...  
CAL. A propósito de qu hoy  
de tu servicio me voy.  
LIS. Por qué causa?  
CAL. Quién lo ignora?  
Porque andas aquestos días  
muy discreto.

LIS. Qué has querido  
decir?  
CAL. Que andas divertido.  
LIS. Tales son las penas mías.  
CAL. Y no ha de ser tan discreto  
el amo, que ha de pensar  
que no le puede guardar  
Calabazas el secreto.  
Tú te andas solo contigo,  
contigo solo te estás,  
contigo vienes y vas,  
y en fin, contigo y sin migo  
en cualquier parte te ven,  
que parecemos, señor,  
el dinero y el amor;  
mirad con quién, y sin quién!  
Si alguna tapada viene  
á verte, *sálte allá fuera;*  
si vas á verla, *aquí espera,*  
*porque ir allá no conviene.*

Pues esto ha de ser así?  
Pesar de quien me parió!  
Para qué te sirvo yo?  
Y así quiero desde aquí  
buscar amo mas humano,  
porque para mí, en rigor,  
ninguno será peor,  
aunque sea un luterano;  
aunque sea un presumido  
de docto, siendo menguado,  
con ingenio un desdichado,  
sin él, un entremetido;  
un poeta que hace trazas  
de comedias, y seamos  
los criados y los amos  
todo en casa calabazas;  
aunque sea un lindo compuesto,  
que hable melifluo y despacio,  
y aunque galantee en palacio,  
que es peor que todo esto.  
Las cosas que me han pasado  
tan públicas han venido,  
Calabazas, que no ha sido  
forzoso haberlas contado  
para que las sepas, pues  
hablar á aquella tapada  
en el campo; tan guardada  
verla en su casa despues,  
adonde me sucedió  
aquel lance parecido  
al de Félix, que escondido  
en su casa me pasó;  
venir á verme á la mia,  
adonde desengañado  
de que es otra me ha dejado,  
la que D. Félix queria;  
salir de allí tan veloz;  
irse, en fin, como se fué,  
ello se dice y se ve,  
sin que aquí tenga mi voz  
que contar; pues aunque quiera,  
no te puedo decir mas  
de lo que tú viendo estás.  
Ella es gentil embustera.  
En cuanto á que estoy pensando  
qué es lo que me ha sucedido,

LIS.

CAL.  
LIS.

es verdad, y estoy corrido  
de estar creyendo y dudando,  
qué mujer es esta; pues  
cuando yo ser presumia  
dama de Félix, vivia  
sin discurrir; mas despues  
que, estando conmigo ella,  
de Félix la dama entró,  
y que me desengañó  
de que era otra dama aquella,  
mayor deseo me ha dado  
de saber quién es; pues puedo  
perder á su honor el miedo,  
que por Félix le he guardado.  
Yo bien pudiera decir  
quién es.

CAL.

LIS.

Tú?

CAL.

Yo.

LIS.

Dílo, pues.

CAL.

Vive Dios, que sé quién es!

LIS.

Pues no me hagas discurrir.

CAL.

Ella no es enredadora?

Quién es sé. No es embustera?

Quién es sé. No es bachillera?

Quién es sé. No es habladora?

La misma razon lo enseña

quién es, sí, jurado á Dios.

LIS.

Dílo.

CAL.

Aquí para los dos...

LIS.

Prosigue.

CAL.

Es alguna dueña.

LIS.

Qué disparate!

## ESCENA V.

SILVIA.—*Dichos.*

SILV.

Lisardo,

que aquí me escuchéis os pido.

CAL.

Mujer! de dónde has caído?

LIS.

Ya lo que quieres aguardo.

SILV.

Una dama, de quien vos  
la casa, señor, sabéis,  
que á su ventana llameis  
esta noche os pide. Adios.

(*Vase.*)

- CAL. Tapada de las tapadas,  
oye.
- LIS. Tente; dónde vas?
- CAL. Deja, que no quiero mas  
de darle dos bofetadas,  
que las lleve á su señora...
- LIS. Hay quien tus locuras crea?
- CAL. Porque otra vez no me sea  
dueña enjerta.
- LIS. Escucha agora;  
pues que ya la noche fria,  
en mal distinto arrebol,  
da priesa, d ciendo al sol  
que se vaya con el dia,  
y á mi esperándome están,  
dame un broquel, y tú aquí  
me espera.
- CAL. Yo esperar?
- LIS. Sí.
- CAL. Espere un judío de Orán,  
que á casa, donde encerrado  
estuviste, y aun corrido,  
y hay padre de conocido  
y galan de imaginado,  
no has de ir solo.
- LIS. Sí he de ir.

## ESCENA VI.

D. FELIX. — LISARDO, CALABAZAS.

- FEL. Dónde, Lisardo?
- LIS. No sé  
cómo callaros podré,  
ni cómo os podré decir  
lo que en Ocaña me pasa.  
Teneis que hacer ahora?
- FEL. Yo?  
ni en toda esta noche.
- LIS. No?
- FEL. No, que el fuego que me abrasa,  
por acrecentar su ardor,  
treguas por ahora ha dado.
- LIS. Pues yo quiero mi cuidado  
fiaros ya sin temor,

que si hasta aquí he suspendido  
la relacion que empecé,  
respeto que os tuve fué;  
pero habiendo ya sabido  
que nada os puede tocar,  
y sois quien sois en efeto,  
de mi amor todo el secreto  
hoy os tengo de fiar.  
Venid conmigo, y sabreis,  
porque el tiempo no perdamos,  
estraños sucesos.

FEL.

Vamos,  
que mucha merced me hareis  
en divertir el dolor  
de que mi pecho está lleno,  
porque de amor el veneno  
cure triaca de amor.

CAL.  
LIS.

Yo qué he de hacer?  
Esperar  
aquí en casa á que vengamos.  
(*Vanse D. Félix y Lisardo.*)

## ESCENA VII.

CALABAZAS.

Buenos, paciencia, quedamos,  
sin ver ni oír, á callar!  
Cuando no tiene el servir  
otro gusto, otro placer,  
que escuchar para saber,  
y saber para decir,  
aun deste gusto me priva  
el recatarse de mí.  
Pues no ha de pasar así;  
así Calabazas viva,  
que por aquel mismo caso  
que aquí de mí se guardó,  
tengo de seguirle yo.  
Tras ellos, paso entre paso,  
tengo de irme rebozado,  
porque si yo, cual sospecho,  
no le murmuro y acecho,  
para qué soy su criado?

(*Vase.*)



Camino de Ocaña.

ESCENA VIII.

FABIO, LELIO.

- LEL. Aliéntate, que ya estás  
cerca de Ocaña, señor.
- FAB. Es tan notable el dolor,  
Lelio, que no puedo mas,  
que aunque yo, por descansar,  
de la yegua me apeé,  
y quise venir a pié  
este rato, por dejar,  
con ejercicio vencido  
el dolor de la caída,  
te confieso que en mi vida  
no me he visto tan rendido.
- LEL. Ello fué dicha, señor;  
pues apenas una legua  
andada, cayó la yegua,  
porque pudieras mejor  
volverte á tu casa, donde  
con mas cuidado podrás  
curarte.
- FAB. A esta pierna mas  
todo el dolor corresponde,  
que fué la que me cogió  
debajo.
- LEL. Súbete, pues  
irás antes.
- FAB. Mejor es  
andar otro poco, y no  
dejar, Lelio, resfriar  
la caída.
- LEL. Dices bien;  
mas considero tambien  
que ya ha empezado á cerrar  
la noche, y que lo que andado  
en tal parte se mejora,  
se llega mas á deshora  
á tu casa, y quizás, cuando  
ya recogida, no habrá  
modo de curarte.

FAB.

Bien

dices; la yegua preven,  
que atada á ese tronco está,  
y vamos, si esto restaura  
mi salud; aunque yo creo  
que ir á casa no deseo,  
por no dar cuidado á Laura,  
que me quiere de manera,  
que temo que hoy ha de ser  
su fin, si me ve volver  
con una pena tan fiera.

LEL.

Como hija, claro está  
que lo sienta mi señora.

FAB.

Pondré que aquesta es la hora  
que está recogida ya.

LEL.

Quién lo duda?

FAB.

Oh cuánto siento

haberla de despertar!  
Mas no lo puedo excusar.  
Lo que haré será, que atento  
á su inquietud, llamaré  
por la puerta principal;  
pues con prevencion igual  
podrá ser, pues que se ve  
de su cuarto mas distante,  
no oirme.

LEL.

Dispon agora

tu salud, que mi señora  
lo estimará.

FAB.

No te espante

verme con tanta fineza,  
que soy en mi senectud,  
amante de su virtud,  
como otros de su belleza,

(*Vanse.*)

—  
Calle próxima á la casa de Fabio.

## ESCENA IX.

LISARDO, D. FELIX; *despues* CALABAZAS.

FEL.

Mucho me he holgado de oiros,  
por ser la novela estraña.

LIS.

Esto es por mayor, que dejo

de contar mil circunstancias,  
por no cansaros, D. Félix;  
y pues sabeis que me aguarda,  
idos con Dios, que ya es la hora.

FEL. Decirme á mí que una dama  
vais á ver, y haberme dicho  
que tuvisteis en su casa  
riesgo y decir que me quedo,  
son dos cosas muy contrarias;  
pues no soy de los amigos  
yo, con quien solo se hablan  
las cosas, que precio mas  
las obras que las palabras.  
Id á lograr vuestro amor  
norabuena, que hasta el alba  
yo sabré estar en la calle.

LIS. A amistad, D. Félix, tanta,  
mal hiciera en resistirme.  
(Sale Calabazas acuchando.)

CAL. (Ap.) Si cual veo lo que andan,  
lo que hablan viera, yo viera  
lo que andan y lo que hablan.  
Llegarme quiero.

LIS. Qué es esto?

FEL. Un hombre, si no me engaña  
la vista, que tras nosotros  
viene.

LIS. Pues sacad la espada.

FEL. Quién va?

CAL. Nadie ya, porque  
no diz que va el que se para.

FEL. Quién sois?

CAL. Un hombre de bien.

LIS. Pues pase, si acaso pasa.

CAL. No paso, que me hago hombre.

FEL. Pues jugaré yo de espadas.

LIS. Dadle la muerte

CAL. Detente!

Ay, ay! Señor, que me matas,  
que soy Calabazas.

FEL. Quién?

CAL. Calabazas.

LIS. Calabazas,  
qué es esto?

CAL. Es venir á ver  
dónde vais.

(Danle los dos.)

- FEL. Por Dios!...
- CAL. Ya basta.
- LIS. Dejadle; no alboroteis, porque está cerca la casa que buscamos.
- FEL. Hacia aquí vive, Lisardo, la dama que venís á ver?
- LIS. Sí, Félix.
- FEL. Y es bizarra?
- LIS. Muy bizarra.
- FEL. Tiene padre?
- LIS. Sí.
- FEL. Y aquí os cerrásteis en la cuadra?
- LIS. Sí.
- FEL. Y estando ella con vos, entró la que me buscaba?
- LIS. Sí.
- FEL. Ved que como la noche llena está de sombras pardas, mas oscura que otras veces, pues aun la luna le falta, podrá ser que os engañeis.
- LIS. No me engaño. A esta ventana he de llamar, y esta puerta han de abrir.
- CAL. (Ap.) Ya sé la casa.
- FEL. (Ap.) Esta ventana? Esta puerta? Ay de mí, el cielo me valga, que estas las de Laura son, para mi dos veces falsas!
- LIS. Retiraos, porque yo la seña, que es esta, haga. (Hace la seña á la reja.)
- FEL. Si mal no me acuerdo (ay triste!) en la relacion pasada dijisteis que la mujer, que para hablaros aguarda, es la que hoy escondida dentro de mi cuarto estaba.
- LIS. Es verdad.
- FEL. Y que la otra que vino...

## ESCENA X.

CELIA.—*Dichos.*

CEL. (*En la ventana.*) Ce.  
LIS. Ya me llaman.  
CEL. Es Lisardo?  
LIS. Si, yo soy.  
FEL. (*Ap.*) Celia es esta.  
CEL. Pues aguarda,  
abriré la puerta.  
LIS. Ya  
conmigo habló la criada,  
y dice que viene á abrirme  
la puerta.  
FEL. Antes que la abra,  
decid... (*Abre la puerta Celia.*)  
LIS. No puede ser antes.  
FEL. Si es...  
LIS. Adios, porque me aguarda.  
FEL. La dama...  
CEL. Entrad presto.  
LIS. Luego  
hablaremos. (*Entrase.*)  
(*Al entrar Lisardo, quiere entrar D. Félix,  
y Celia cierra la puerta.*)

## ESCENA XI.

D. FELIX, CALABAZAS.

FEL. Y en la cara  
con la puerta me dió Celia!  
CAL. Con cerradura no agravía  
una puerta, aunque es de palo,  
que el tener hierro la salva.  
FEL. (*Ap.*) Qué es lo que pasa por mí?  
Quién vió confusiones tantas?  
En casa de Laura, cielos!  
viene buscando la dama,  
que hoy de mi cuarto salió,  
cuando entró en mi cuarto Laura?  
Luego ella no puede ser.

Mas quién ser puede en su casa?  
 Oh quién no le hubiera dicho  
 á Marcela que dejara  
 para mañana el venir  
 aquí, que ella lo apurara!  
 Pero mientas mas discurro,  
 más lugar doy á mi infamia.  
 Pues no discurramos, celos,  
 sino á ver la verdad clara  
 caminemos mas aprisa;  
 pues e'la es Laura, ó no es Laura;  
 si no es ella, qué se pierde  
 en desengañar mis ansias?  
 Y qué se pier'e, si es ella,  
 en perder la vida y alma,  
 despues de Laura perdida?  
 La puerta en el suelo caiga.  
 Pero cómo á esto me atrevo,  
 si á Lisardo la palabra  
 le he dado?... Pero qué importa  
 la amistad, la confianza,  
 el respeto, ni el decoro?  
 Que donde hay celos, se acaba  
 todo, porque no hay honor  
 ni amistad que tanto valga.  
*(Da golpes á la puerta para derribarla, y al mismo tiempo, mas lejos, dan tambien golpes dentro.)*

CAL.

Qué haces, señor?

FEL.

Darte muerte...

CAL.

Si es posible, no lo hagas.

FEL.

Mas qué golpes son aquellos?

CAL.

De qué te admiras y espantas?

Otro será en otra parte,  
 que le habrá dado otra rabia,  
 y da golpes á otra puerta.

FAB.

*(Dentro.)* Abre aquí, Celia: abre, Laura.

CEL.

*(Dentro.)* Mi señor es, ay de mí!

FEL.

Fabio es aquel *(Cuchilladas dentro.)*

FAB.

*(Dentro.)* Esta infamia  
 llevo á ver!

CAL.

Por Dios, que allá  
 ya han llegado á las espadas.  
 Mal haya la puerta!

FEL.

Amen.

CAL.

*(Vanse.)*

Sala en casa de Fabio.—La escena está á oscuras.

## ESCENA XII.

LISARDO, *con* MARCELA *en los brazos; despues* FELIX *y*  
CALABAZAS.

LIS. No temais, señora, nada,  
que, aunque llaman á esta puerta,  
seguro es quien á ella llama.

MARC. Con vos, Lisardo, he de ir,  
que como yo á vuestra casa  
llegue, nada hay que temer,  
si es que ella una vez me ampara.

LIS. Venid, y no os receleis  
de un hombre que me acompaña.

MARC. Es Félix?

LIS. Sí.

MARC. Pues mirad  
que es Félix...

LIS. En qué reparas?  
Ya no es tiempo de recatos.—  
(*Salen D. Félix y Calabazas.*)  
Félix?

FEL. Quién va?

LIS. Mis desgracias.

FEL. Qué ha sido aquesto?

LIS. Que estando  
hablando con esta dama,  
vino su padre de fuera,  
llamó, y viendo que tardaban  
en abrirle, derribó  
la puerta y sacó la espada.  
Porque se apagó la luz  
tuve lugar de librarla.  
Llevadla, que yo me quedo  
á guardaros las espaldas,  
para que ninguno os siga,  
que conmigo Calabazas  
quedará.

CAL. No quedará.

FEL. Mejor es con ella vaya,  
y nos quedemos los dos.

LIS. Tan sola hemos de dejarla?  
No es razón; pues la primera  
obligacion es la dama  
en todo trance; así Félix,  
vos solo habeis de llevarla  
y ponerla en salvo.

FEL. Es justo.  
En fin, has venido, Laura, (A Marcela.)  
á mi poder.

MARC. (Ap.) Ay de mí!

FEL. (Ap.) Yo estoy muerto.

MARC. (Ap.) Estoy turbada.

FEL. Ven conmigo, que aunque no  
mereces finezas tantas,  
soy quien soy, y he de librarte.  
Hay mujer más desdichada!

MARC. Hay hombre más infelice!

FEL. (Vanse D. Félix y Marcela.)

### ESCENA XIII.

FABIO, LELIO, con luz, y criados con las espadas desnudas.  
LISARDO, CALABAZAS.

FAB. Aunque las fuerzas me faltan,  
no las fuerzas del honor  
para tomar mil venganzas.

LIS. Deteneos, que ninguno  
de aquí ha de pasar.

FAB. Mi espada  
hará paso por el pecho  
vuestro. (Riñen todos.)

CAL. Infeliz Calabazas!  
quién te metió en acechar?

LIS. (Ap.) Pues ya Félix se alarga,  
antes que aquí me conozcan  
mejor es volver la espalda;  
esto es valor, no temor. (Vase.)

FAB. Espera, cobarde, aguarda.

CAL. (Ap.) Quién creyera que Lisardo  
en la ocasion me dejara?

LEL. Aquí se quedó uno dellos.

FAB. Pues muera, Lelio. Qué aguardas?

CAL. Deteneos, por Dios!

FAB. Quién sois?



CAL. Si es que el miedo no me engaña,  
un curioso impertinente.  
FAB. Dejad la espada.

CAL. La espada  
es poca cosa; el sombrero,  
la daga, el broquel, la capa,  
la ropilla y los calzones.  
FAB. Sois criado del que agravia  
esta casa?

CAL. Sí señor,  
porque es *un agravia-casas*,  
que no se puede sufrir.  
FAB. Quién es, y cómo se llama?  
CAL. Lisardo se llama, y es  
un soldado, camarada  
de Félix.

FAB. Porque no empiece  
por la menor mi venganza,  
no te doy muerte.

CAL. Haces bien.

FAB. Y pues alguna luz hallan  
mis desdichas, á buscar  
iré á Félix. Oh, mal haya  
casa con dos puertas, pues  
tan mal el honor se guarda. (Vanse.)

Casa de D. Félix.

#### ESCENA XIV.

D. FELIX y MARCELA, á oscuras; despues HERRERA,  
LAURA y SILVIA.

FEL. (Dentro.) Hola! traed aquí una luz.

HER. (Dentro.) Ya la llevo, si es que hallan  
luz unos ojos dormidos.

(Salen al paño Laura y Silvia.)

LAUR. (A Silvia.) Ya dentro del cuarto andan;  
escuchemos desde aquí.

FEL. Ya por lo menos, ingrata,  
ya por lo menos no puedes  
negarme...

LAUR. (Ap.) Con mujer habla,

- FEL. En este lance, que eres  
mudable, inconstante, falsa,  
cruel, aleve, engañosa;  
pues á nadie desengañan  
más cara á cara sus celos.
- MARC. (Ap.) Aquí mi vida se acaba.
- FEL. Para esto viniste hoy  
á mi casa?
- LAUR. (Ap.) La que estaba  
tapada hoy es, pues le dice  
que hoy ha venido á su casa.
- FEL. En mi poder estás, mira  
si habrá disculpa. Mal haya  
cuanto tiempo te he querido,  
cuantas penas, cuantas ansias  
padece, y cuantas finezas  
hizo mi amor por tu causa.
- LAUR. No escuchas cómo confiesa  
que la ha querido? Qué aguarda  
mi paciencia?
- SILV. Dónde vas?
- LAUR. No sé. (Ay Silvia, estoy turbada!)  
A escucharle de mas cerca.
- FEL. Oh cuánto con la luz tardas!
- HER. (Dentro.) Ya va la luz.
- MARC. (Ap.) Qué he de hacer,  
si la trae?
- FEL. No dices nada?  
Pero si estás convencida,  
qué has de decir?  
(Suéltala de la mano; vase retirando Marcela,  
y Laura viene á ponerse en medio de los dos;  
él la coge de la mano, entendiendo que es  
Marcela.)
- MARC. (Ap.) Oh si hallara  
por dondeirme, que á lo menos  
la vida así asegurara!
- FEL. Detente, no huyas, no huyas,  
que no quiero mas venganza  
de tí, que sepas que se  
esto.
- LAUR. (Ap.) Por otra me habla,  
y he de callar mis agravios  
hasta que las luces traigan,  
y vea que yo soy con quien  
está.

MARC. (Ap.) Confusa y turbada,  
la puerta hallé de mi cuarto;  
este sagrado me valga.  
pues fué dicha estar abierta.

SILV. Eres Laura?

MARC. No soy Laura.  
Eres tú, Silvia?

SILV. Yo soy.  
Qué es esto?

MARC. Fortunas varias.  
Cierra esa puerta, y conmigo  
ven, Silvia, aprisa. Qué aguardas?  
(Vanse, cerrando tras sí la puerta.)

## ESCENA XV.

D. FELIX, LAURA, HERRERA, *que saca luz.*

HER. Ya están las luces aquí.

FEL. Déjalas, y afuera aguarda.  
(Vase Herrera, y cierra la puerta D. Félix.)

LAUR. (Ap.) Aquí es ello, cuando vuelva  
á verme!

FEL. En efecto, Laura,  
yo soy quien solo guardó  
á sus celos las espaldas.

LAUR. (Ap.) Qué es esto? Cómo de verme  
ni se turba ni embaraza?

FEL. Solo yo en el mundo traje  
para otro galán su dama.  
Di ahora que yo te ofendo.

LAUR. No está la deshecha mala!  
Bien te alientas á fingir  
la razón con que me agravias;  
pues viéndote convencido,  
cuando en tus brazos me hallas,  
de haberme hablado por otra  
á quien traes á tu casa,  
prosigues las quejas della  
conmigo!

FEL. Solo eso falta  
á mi paciencia ofendida,  
que tú agora creer me hagas  
que hablaba con otra yo.

- LAUR. Pues de qué, Félix, te espantas,  
si es verdad?
- FEL. Pues dónde está  
la mujer con quien yo hablaba?
- LAUR. Si una casa con dos puertas  
mala es de guardar, repara  
que peor de guardar será,  
con dos puertas una sala.  
Ya se fué.
- FEL. Laura, por Dios,  
que me dejes. Vete, Laura,  
que me harás perder el juicio,  
si quieres que yo no haya  
traídote aquí, porque  
estando (la voz me falta)  
tu padre fuera, Lisardo...  
no puedo hablar.
- LAUR. Tú te engañas,  
que yo escondida esta noche  
en el cuarto de tu hermana  
he estado, por solo ver  
esto que á los dos nos pasa;  
y ella...
- FEL. Detente, que agora  
lo veré.—Marcela, hermana!

## ESCENA XVI.

MARCELA, SILVIA.—D. FELIX, LAURA.

- MARC. Qué quieres? (*Ap. Disimular  
importa, pues informada  
estoy de todo.*)
- FEL. Dí, ha estado  
contigo esta noche Laura?
- MARC. Laura conmigo, señor,  
á qué efecto? Yo mañana  
habia de ir á estar con ella;  
pero ella conmigo!
- LAUR. Aguarda.  
No vine esta tarde yo  
á pedirte que en tu casa  
me tuvieras? Y á la mia  
tú?...

MARC. No prosigas, que nada  
de eso es verdad.

FEL. Laura, ves  
qué mal te salió la traza?  
Estáse esotra en su cuarto  
recogida y retirada,  
y dices que estás con ella?

LAUR. Pues tú, Marcela, me agravias?

MARC. (*Ap. á Laura.*) Si, que soy primero yo.

LAUR. Pues tanto me apuras, salgan  
verdades á luz. Marcela  
ha sido... (*Lllaman dentro.*)

SILV. A la puerta llaman.

LIS. (*Dentro.*) Abrid, D. Félix.

FEL. Agora  
verás que todo se acaba;  
pues tu galán, Laura, viene.

LAUR. Ahí tengo yo mi esperanza.

MARC. (*Ap.*) Aquí se deshace todo.  
Quién á Lisardo avisara  
de mi peligro! (*Retírase á un lado.*)

## ESCENA XVII.

LISARDO.—*Dichos.*

LIS. D. Félix,  
porque ninguno llegara  
á seguirme, tardé. Dónde  
habeis puesto aquella dama?

FEL. Véisla aqui; pero primero  
que acabe con mi esperanza  
el verla en vuestro poder,  
me habeis de sacar el alma.

LIS. Hasta agora no creí  
que caballeros, engañan,  
de vuestras obligaciones,  
á los que dellos se amparan.  
La dama que os entregué  
os pido.

FEL. No es esta dama  
la que me entregásteis?

LIS. No.

FEL. Solo aquesto me faltaba

- para acabar de perder  
la paciencia!
- MARC. (Ap.) Ay desdichada!
- LIS. Si esta suponeis, D. Félix,  
porque os obliga otra causa,  
hablad mas claro conmigo.
- LAUR. Yo de confusiones tantas  
os sacaré.— ¡i, Lisardo,  
es es a á quien buscas y amas?  
(Mostrándole aparte á Marcela.)
- LIS. Esta es.— Si aquí la teneis, (A D. Félix.)  
qué os ha obligado á ocultarla?
- LAUR. (A D. Félix.)  
Mira si estaba en su cuarto,  
recogida y retirada!  
Primero soy yo, Marcela.
- FEL. Corrido estoy; esta daga  
dé á una vil, hermana, muerte.
- MARC. Lisardo, mi vida ampara.
- LIS. (Poniéndose delante.)  
Hermana de Félix scis?
- FEL. Y en quien tomaré venganza.
- LIS. Sabeis quien soy, y es preciso  
defenderla y ampararla  
por mujer.
- FEL. Tambien sabeis  
quién yo soy, y que en mi casa  
menos que quién sea su esposo,  
no ha de atreverse á mirarla.
- LIS. Luego con serlo quedamos  
bien los dos.

### ESCENA XVIII.

FABIO, CALABAZAS, criados.— Dichos.

- FAB. Esta es la casa,  
entrad.
- FEL. Qué esto?
- FAB. Esto, Félix,  
es honor.
- CAL. (Ap.) Qué linda danza  
se va urdiendo!
- FAB. Dónde está

un Lisardo, camarada  
vuestro?

Lis. Yo soy, porque nunca  
á nadie escondí la cara.

CAL. (Ap.) Nunca la cara escondió, ✓  
pero volvió las espaldas.

FAB. Oh traidor!

FEL. Fabio, teneos,  
(*Ponénse los dos á un lado.*)  
que la cólera os engaña.

El enojo que traeis,  
si ha sido la ocasion Laura,  
es conmigo, y me ha tocado  
como á mi esposa guardarla.

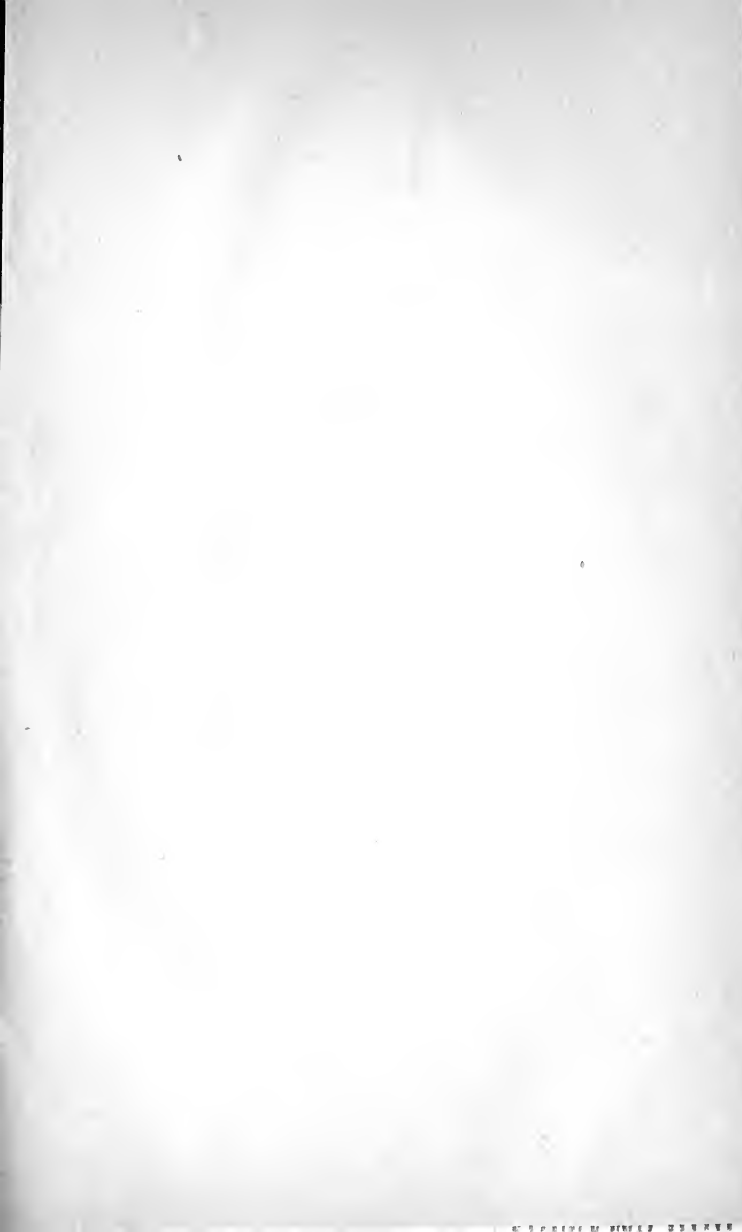
FAB. No tengo qué responderos,  
si Laura con vos se casa.

FEL. Pues para que veais si es cierto,  
aquesta es mi mano, Laura.  
Y pues el haber tenido  
dos puertas esta y tu casa,  
causa fué de los engaños  
que á mí y Lisardo nos pasan,  
de la *Casa con dos puertas*  
aquí la comedia acaba.











DIPLOMATICA

Independencia  
dos hasta nuestros dias

NIMO BECKER

(6-1895)

na de ponerse a la venta,  
el extracto los principales  
la imparcialidad la historia  
fectos y expone con minu-  
ente a las relaciones exte-  
do, por tanto, de gran inte-  
n modo exacto el aspecto  
ción cubana.

2 paginas, 8 pesetas.

ILACION

LAS

INOS DE LAS INDIAS

primir y publicar

FOR

ICA DEL REY CARLOS II

regida y aprobada por la  
anal Supremo de Justicia,  
Regencia provisional del

o, 50 pesetas.

ESPAÑOLES

de todos los tomos publi-  
ados, de que se hallan la ma-  
omos en 4.º—Precio, 900  
suelto.

GUIA DESCRIPTIVA

DEL REAL

MONASTERIO, TEMPLO Y PALACIO

DE

SAN LORENZO DE EL ESCORIAL

Ilustrada con 20 laminas autotipias y seguida de  
varias noticias curiosas para el viajero, por

Juan Noguera Camoccia

Un tomo en 8.º en cartone.—Precio, 1 peseta.

NOVISIMO

DICIONARIO DE LA RIMA

ordenado en presencia de los mejores publicados  
hasta el dia, y adicionado con un considerable  
numero de voces que no se encuentran en nin-  
guno de ellos a pesar de hallarse consignadas en  
el de la Academia, por

D. Juan Landa.

Un tomo en 4.º mayor.—Precio, 6 pesetas.

EL PRACCION

Tratado completo de Cocina

AL ALCANCE DE TODOS

Y

APROVECHAMIENTO DE SOBROS

con un APENDICE que comprende el arte para  
el mejor aprovechamiento de las sobras, las re-  
glas para el servicio de una mesa y el modo de  
trinchar y comer los manjares, por

Angel Muro.

Décimatercia edicion, ilustrada con 240 gra-  
bados, y aumentada con 60 minutas de almuer-  
zos y comidas para todos gustos y condiciones y  
algunas formulas completamente nuevas.  
Un tomo en 4.º de 1.040 paginas.—Precio, 5  
pesetas.

